

Paul Mattick, in memoriam

En febrero de 1981 moría en Cambridge (Massachussets) Paul Mattick. El hecho de que no fuera un santón del marxismo oficial o académico, contribuyó lo suyo a que su muerte pasara completamente desapercibida de los *media*, casi del mismo modo, como su vida y trabajo teórico, centrado en la crítica del capital en proceso, fueron soslayados por los círculos oficiales del debate marxista.

Casi tres años después, presentamos dos artículos, inéditos en castellano, que iban a formar parte, entre otros, del último libro que Paul Mattick preparaba en el momento de su muerte.

Es difícil resistir la tentación del elogio sincero del compañero muerto, sobre todo, para quienes somos en tan gran medida deudores del pensamiento marxiano desarrollado por P. Mattick. Sin embargo, lo evitaremos. Eludiremos la retórica fácil del

panegírico, aunque sólo sea por lo contradictorio que resultaría tratándose de quien, como él, defendiera planteamientos tan alejados del «culto a la personalidad». Huiremos, igualmente, de cualquier veleidad propiciadora de la fetichización de su pensamiento. Nada más distante del sistema teórico-crítico de P. Mattick que la posibilidad de su encorsetamiento en la categoría de un «ismo» cualquiera incluido el marxismo o el «consejismo».

No vamos, tampoco, a cometer la pretensiosidad de intentar glosar en unos párrafos una obra que, como la desarrollada por P. Mattick a lo largo de su vida de activista, por su extensión y riqueza en sugerencias, superaría los límites e intenciones de lo que no pretende ser más que una presentación. Por eso mismo, pensamos que lo mejor que se puede hacer es dar a conocer su obra tal y como es: una sistematización rigurosa, precisa y crítica del desenvolvimiento histórico de la contradicción representada por el antagonismo Capital-Proletariado. Este es el motivo principal que nos mueve y al que queremos contribuir con la difusión de los dos artículos que a continuación presentamos.

Con todo, no queremos dejar pasar la ocasión de hacer algún comentario sobre la significación en la teorización del comunismo de este desconocido, -el cual pretendemos que lo sea menos-, cuya obra supone una aportación de indudable importancia a la hora de la elucidación teórica de las posibilidades reales del Comunismo, en tanto resultado de la acción de clase proletaria.

Pero, además, traemos a colación un nombre y una obra por lo significativos que pueden ser en unos momentos, como los actuales, en los que la generalizada abjuración del marxismo, lejos de inducirnos a la superación del mismo hacia la realización del Comunismo, viene a invitarnos al repliegue en los cenáculos de la ideología, de las formas culturales y a la liquidación, simple y llana, de la perspectiva de la lucha de clases. Los planteamientos críticos del tipo de los expuestos por P. Mattick abren nuevas posibilidades de comprensión de la contradictoriedad del Capital más allá de la apariencia engañosa de los fenómenos coyunturales. Y es, precisamente, por eso, porque se ubica en los resquicios de la contradictoriedad, por lo que la teorización deviene CRITICA, reflexión de una práctica que se proyecta en el sentido cambiante de la realidad configurada por la relación Capital-Proletariado.

Quien contra viento y marea supo desentrañar en plena euforia keynesiana los límites de la economía mixta y los elementos de persistencia-latencia de crisis en las nuevas formas de la dominación del capital, incluso en coyunturas donde otros se dejaban obnubilar por el despliegue fascinante y espectacular de la circulación de las mercancías y anunciaban el final de la sociedad de clases (hombre unidimensional marcusiano), creemos que tiene algo que decir en estas horas oscuras en las que vivimos y en las que la práctica y reflexión comunistas parecen definitivamente colapsadas.

Paul Mattick, fue uno de esos «hijos proscritos» de Marx que, como R. Luxemburgo, Korsch, A. Pannekoek, H. Gorter, O. Ruhle, conjuraron el servilismo de la ortodoxia sin por ello obviar la crítica comunista marxiana diluida en los diversos sucedáneos ideológicos del marxismo.

La recuperación del nódulo fundamental de la sistematización crítica de Marx, que se concretaba en la teoría de la acumulación, como teoría de la crisis – o sea, el reconocimiento del capital en proceso, como contradicción–, lo que venía a conferir a la obra marxiana el carácter de arma teórica del proletariado

frente a la ideología burguesa, cobra especial relevancia en Mattick en lo que respecta no ya a la tarea continuadora de la obra de Marx, sino de lo que esta contiene de expresión de la realidad cambiante del proletariado, haciendo exigible la profundización-superación de las aseveraciones fundamentales del propio Marx.

Es en este sentido, en el que hacemos una llamada de atención a propósito de la obra de P. Mattick. Es decir, sobre el hecho de que su perspectiva de teorización, así como la verificación empírica, en la realidad de la crisis rampante, de sus aseveraciones nos proporcionan los elementos fundamentales de continuación de la crítica de la Economía Política – real, práctica–, desde las bases históricas que representan la dialéctica Capital-Proletariado.

Por encima de todo, se trata de una reflexión formuladora de la realidad práctica de la lucha de clases; pero es más que mera constatación: es, por su propia naturaleza, una incitación a la continuación del combate concreto, cotidiano y colectivo del Proletariado por el Comunismo.

Etcétera, marzo 1984.

Bibliografía de Paul Mattick en castellano:

- *Rebeldes y renegados*. Icaria.
- *Crítica de Marcuse*. Grijalbo.
- *Crítica de los neomarxistas*. Península.
- *Crisis y teoría de la crisis*. Península.
- *Marx y Keynes*. Era.
- *Los consejos obreros y la cuestión sindical*. Castellote
- *Lenin filósofo*. ZYX. (La introducción a la obra de Anton Pannekoek)

Tal como anunciábamos en el nº1 de ETCÉTERA (enero 84), presentamos dos artículos en memoria de Paul Mattick.

Asimismo, reproducimos un capítulo extraído de un trabajo más amplio realizado por un compañero en el que, partiendo de la teoría marxiana del valor y de la crisis, como teoría de la lucha de clases, se orienta hacia una crítica de las tesis neoricardianas y de las implicaciones políticas de las mismas.

Con todo lo cual hemos pretendido dar cierto cuerpo en un número monográfico a algunos aspectos de los que podrían constituir el objeto de un debate sobre la teoría de la crisis desde una perspectiva anticapitalista.

LA CRISIS MUNDIAL Y EL MOVIMIENTO OBRERO

El desarrollo del capitalismo es inseparable de las crisis: esta ley se confirma empíricamente de vez en cuando. A pesar del retorno de las crisis la economía burguesa no ha propuesto, hasta hoy, ninguna teoría que se adapte a la realidad. La razón es que el punto teórico del que parte es en sí mismo erróneo. La teoría capitalista, en efecto, partía de la idea errónea de que la producción estaba subordinada al consumo y que, por consiguiente, la oferta y la demanda se adaptarían en el mercado. Aunque se reconocía que este mecanismo de ajuste podía verse interrumpido debido a superproducciones parciales, se estaba convencido de que el mecanismo del mercado resolvería, de modo espontáneo, estas discordancias. La teoría del mercado, como la teoría del equilibrio a partir del cual la oferta condiciona la demanda y viceversa, todavía está vigente aunque reformulada de distinta manera. En la teoría neoclásica de la utilidad marginal, que se fundamenta en principios psicológicos, se trata simplemente de anunciar de nuevo la vieja teoría de la oferta y de la demanda, que había permanecido intacta hasta 1936.

En primer lugar, hay que afirmar que en modo alguno debe ponerse en duda la realidad de las crisis actuales. Pero, para explicarlas, se ha supuesto que ellas provenían del exterior hacia el sistema, y que podían ser superadas, gracias a la intervención de mecanismos de equilibrio automáticos. La existencia de las crisis no era un hecho inmanente del propio sistema y, por consiguiente, tampoco era una realidad que debiera someterse a la investigación teórica. No es necesario insistir en este punto. Yo insistiré únicamente en que la teoría neoclásica del equilibrio de modo particular bajo su formulación matemática, ha sido considerada como el jalón a partir del cual la economía política se transformó en ciencia, óptica a partir de la cual fue despojada de su carácter histórico. En todo caso se desarrollaba en unos niveles de abstracción que le daban un carácter puramente ideológico y le despojaba de toda su posibilidad de aplicación práctica. Su función ideológica se esfumó, por la fuerza de las cosas, cuando estalló la gran crisis del 29 que hizo perder la confianza en los mecanismos de equilibrio del mercado.

La primera gran crisis de la teoría económica capitalista ha sido pues la consecuencia de una crisis real, duradera y profunda. Si no hubiera estallado, la teoría del equilibrio habría conservado probablemente su formulación neoclásica. Pero el contraste entre la

teoría y la realidad era demasiado evidente por lo que se hizo necesario adaptar la antigua teoría a la nueva situación. Esta adaptación, que entró en la historia de las ideas con el nombre de «revolución keynesiana» no hace otra cosa sino tomar nuevamente la antigua teoría del mercado, con la diferencia de que ya no se supone la existencia de la acción eficaz de un mecanismo de equilibrio que opera de modo espontáneo, sino que se habla en su lugar de un equilibrio establecido conscientemente, con la finalidad de aportar una salida a la crisis.



La teoría de Keynes es tan estática como la neoclásica y se fundamenta, como ella, en un imaginario mecanismo de equilibrio. Pero ella añade como elemento nuevo que las modificaciones que conoce el mundo capitalista dificultan cada vez más la posibilidad de mantener el equilibrio únicamente a través del mercado. Partiendo de la antigua concepción de que el consumo determina la producción, basta que aquél se retrase algo en relación a ésta para que las inversiones resulten cada vez menos rentables y que, por consiguiente, lleguen a desaparecer. La relativa saturación del consumo, que se expresa a partir de una demanda insuficiente, llevaría consigo una disminución de las inversiones y, por consiguiente, un aumento del paro. Para reequilibrar nuevamente consumo y producción, oferta y demanda, sería necesario elevar el nivel de consumo mediante el «consumo público» y multiplicar las inversiones mediante «inversiones públicas» a cargo del Estado. La política monetaria y fiscal del Estado sería, por consiguiente, el instrumento adecuado, capaz de actuar de manera positiva no sólo sobre la economía en su conjunto sino también sobre la rentabilidad del capital privado.

Esta teoría traducía una necesidad política, una reacción a las consecuencias sociales de la crisis. Pero

era considerada asimismo como un recurso susceptible de facilitar el paso a una nueva coyuntura. Al mismo tiempo que se presentaba como una teoría general, no hacía otra cosa que tomar como punto de referencia la situación específica de la Gran Crisis, para conjurar, en primer lugar, cualquier riesgo de suceso revolucionario. Las propuestas de intervención estatales en la economía iban destinadas a evitar los peligros de un paro masivo pero también a incitar nuevas inversiones privadas, por lo que las intervenciones del Estado continúan sirviendo al capital. Se trataba de lograr lo que se llama el efecto multiplicador de las nuevas inversiones, o sea la hipótesis de que las inversiones efectuadas en una rama de la producción inducen otras en otras ramas. Tal proceso, comparable al de la velocidad de rotación del dinero en circulación, compensaría la falta de rentabilidad de los gastos públicos mediante la elevación de la rentabilidad de la economía privada.

Es totalmente exacto, por descontado, que nuevas inversiones cuando no están compensadas simultáneamente por otros retraimientos de inversiones, tienen como consecuencia el estímulo de la vida económica y la disminución del paro, tanto si son obra del Estado como del capital privado. El aumento de los gastos del Estado, propuesto por Keynes, incluso si su financiación se basa en el déficit presupuestario, tiene pues este efecto estimulante, tal como quedó confirmado con el éxito obtenido gracias a este modelo por parte del programa de creación de empleos del régimen hitleriano, al igual que el logrado con el New Deal americano. Tales éxitos sólo se entendían, sin embargo, en el contexto de la teoría abstracta y errónea del equilibrio; nada tenían que ver con las exigencias de la producción capitalista. Para ésta, no se trata en modo alguno de asegurar el equilibrio entre la oferta y la demanda, la producción y el consumo, sino únicamente de producir beneficios y de asegurar la valoración del capital existente y su acumulación. Un capital concreto que exista en forma de dinero debe, para satisfacer las exigencias de la producción capitalista, transformarse en una cantidad superior de capital a través del ciclo de la reproducción. En el capitalismo, toda producción que no proporciona ningún tipo de plusvalía es producción sin acumulación y contradice el movimiento del capital.

Una producción que no está hecha en vistas de la creación de plusvalía choca, en el capitalismo, contra ciertos límites. Desde siempre el Estado toma en carga una parte de la producción social, la que asegura los equipamientos públicos indispensables al sistema (la infraestructura). Además ha monopolizado, en muchos países, una parte de la producción global y se sitúa así entre los empresarios productores de

plusvalía. Toda una parte de la producción social es, por consiguiente, asumida por el Estado, a distintos niveles. Pero en general es el capital privado quien asegura la mayor parte de la producción social y determina sus características y su desarrollo. La creciente importancia de la producción viene determinada por la acumulación del capital global, es decir del capital privado; no tiene nada que ver con la lucha contra las crisis mediante el aumento de los gastos públicos, se trata al contrario de un fenómeno secundario que acompaña siempre el desarrollo capitalista. Las políticas de equilibrio económico del Estado no representan nada más que intervenciones suplementarias en la economía, que sobrepasan los gastos habitualmente necesarios; es una producción inducida por el Estado para reactivar la producción social global.

En los remedios keynesianos contra las crisis, no se trata en modo alguno de restringir el capital privado en provecho del sector del Estado, sino más bien de multiplicar la demanda global en el marco de la producción de capital. Ya que la demanda, según esta teoría, depende del consumo y que este es insuficiente para asegurar el pleno empleo, hay que ampliarlo incrementando el «consumo público» que no es suscitado por el mercado. Para no debilitar todavía más la demanda presente en el mercado y ya insuficiente, sin que por ello entre en competencia con el capital privado, el estado debe limitar la producción inducida en el «consumo público», es decir en los trabajos públicos, en la producción de armamento, en la investigación espacial y en otros campos semejantes.

El capital, para comportarse como tal, debe acumularse, es decir, añadir una parte de la plusvalía producida sobre la cantidad de capital ya existente. Desde este punto de vista, cualquier aumento del consumo, tanto si es público como privado, disminuye la cantidad de plusvalía disponible para la acumulación. Lo que es consumido no puede ser acumulado, es decir transformado en instrumentos de producción y en fuerza de trabajo que permita aumentar el provecho y el capital. De todos modos la política de Keynes correspondía a una situación transitoria, en la que un simple aumento de la producción genera un clima económico que incita al capital privado a también invertir. Este suplemento de producción privada para el mercado debería provocar una expansión donde la producción inducida por el Estado e incapaz de producir ningún beneficio sería compensada por el aumento de la masa de beneficio en la producción privada. Los déficits de la producción inducida por el Estado serían, en aquel momento, anulados por los nuevos beneficios.

Pero si no sucede así, la producción suscitada por el Estado representa un aumento de la deuda pública, una acumulación de deudas privadas sobre el Estado. Si el Estado aumenta los impuestos para poder cubrir los gastos públicos destinados a estimular la demanda, por un lado disminuye simultáneamente las posibilidades de acumulación ya reducidas del capital privado y, por otro lado, simplemente desplaza la demanda del sector privado hacia el sector público, sin modificar en modo alguno el volumen de la demanda global. Para aumentarla hay que recurrir al financiamiento mediante el déficit presupuestario, con la extensión del crédito de Estado. Pero como la producción se encuentra reducida por la disminución e incluso por el paro total de la acumulación, no sólo las capacidades productivas permanecen sin emplear, sino incluso el capital-dinero ya que no puede ser nuevamente invertido de manera rentable y no permite el paso de la forma dinero a la forma capital. Este capital inerte en forma de dinero, el Estado puede obtenerlo del capital privado, hasta el punto de hacer subir sus gastos por encima de las posibilidades impositivas. Estos empréstitos de Estado constituyen el financiamiento mediante déficit presupuestario de los gastos públicos. Aunque permita aumentar la producción, no aumenta la producción de beneficio. Si llegara el caso, los poseedores de capital invertirían ellos mismos su dinero desempleado. Si se recurre a la producción realizada por el Estado, es sencillamente para aumentar la producción sin consideración de rentabilidad.

A pesar de que las inversiones del Estado tengan como efecto ampliar la producción global, la masa de plusvalía adquirida por el capital privado permanece inferior al aumento de la producción, de manera que la producción global tiene a su disposición una masa de beneficio relativamente disminuida, con tendencia a mayor disminución a medida que se amplía la producción inducida por el Estado e improductiva de beneficios. Si el Estado pide prestado el dinero no empleado del capital privado, es necesario que le pague un interés. Ya que la producción inducida por el Estado no produce ningún tipo de beneficio, tampoco puede cubrir ningún interés, ya que éste corresponde a una parte de los beneficios. Este interés, por consiguiente, debe ser cubierto sea por los impuestos sea por otros empréstitos del Estado. Por consiguiente, no sólo la producción no crea beneficios, sino que el reembolso de las deudas del Estado que han facilitado esta producción complementaria tiene que ser cubierta por el sector privado. Pero como las deudas del Estado pueden ser siempre nuevamente consolidadas, desde un punto de vista práctico sólo son los intereses los que gravan los empréstitos del Estado, de manera que el aumento de la producción representa un aumento de la deuda pública que no encuentra ningún tipo de trabas a condición de que la producción global aumente

más rápidamente que la carga de intereses que ella misma genera.

Sin embargo, de lo que se trata en el caso del aumento de la deuda pública, es de una destrucción del capital, porque no puede generar ninguna producción capitalista, es decir capaz de producir beneficios. Pongamos un ejemplo: durante la Segunda Guerra Mundial, la deuda pública de Estados Unidos alcanzó 300 mil millones de dólares, que sólo existían teóricamente en los títulos de empréstito. El equivalente a esta suma fue utilizado durante la guerra, en cierta manera «consumido», y, por consiguiente, desapareció. Una plusvalía, recogida en una época anterior y que permanecía sin emplear como capital, se había transformado en gastos militares y, de este modo, se había evaporado. Detrás de la deuda pública, no queda sino la posibilidad que siempre tiene el Estado de aumentar los impuestos y lanzar nuevas emisiones de endeudamiento. A pesar de que el equivalente de la deuda del Estado, es decir los gastos militares, pertenezcan al pasado, el Estado deberá todavía pagar los intereses y, de manera simultánea, intentar librarse de su deuda, cosa que sólo es posible si el capital privado amasa nuevos beneficios y en proporción creciente.

Pero, dado el hecho de que la tendencia a la baja en el índice de beneficios es inseparable del desarrollo del capital, cada vez es más difícil encontrar una solución al problema del endeudamiento del Estado provocado por los gastos públicos a cuenta del déficit presupuestario. Esta es la razón por la que el endeudamiento del Estado nunca es prorrogado sino simplemente anulado—como por ejemplo en Alemania durante 1923— debido a una inflación galopante. La ampliación desmesurada de la deuda pública ya constituye por si misma una especie de expropiación del capital privado, e incluso es posible leer la expropiación rampante del capital en el índice de endeudamiento del Estado, que impide la prosecución de la acumulación. Pero esto sólo es válido cuando el capital se encuentra efectivamente en una situación de crisis permanente, acompañada de un continuado aumento de gastos públicos. Si evocamos esta posibilidad es simplemente para indicar que cuando se lucha contra la crisis mediante el gasto público, se tropieza con limitaciones totalmente determinadas, que no pueden ser franqueadas sin poner en peligro al propio capital. Si llegara a instalarse una crisis duradera, se llegaría a constatar, durante su curso, que la intervención del Estado, aunque estimulara la economía en un momento inmediato, sólo lo logra mediante el precio de la destrucción a largo término del capital privado.

Para disipar ciertos malentendidos, es necesario hacer hincapié en el hecho de que esto sólo es exacto desde un punto de vista global. Para el capital privado que logra acrecentar su producción gracias al gasto público, esta producción inducida complementaria es muy beneficiosa. Pero la plusvalía o el beneficio, que se encamina hacia estos capitales particulares, no se realiza en modo alguno por la producción global regida por el mercado sino que proviene de la plusvalía producida en períodos anteriores, que ya existía, no producida en aquel momento. En otras palabras, estos capitales «realizan» sus beneficios a partir del capital-dinero no empleado que les atribuye el Estado mediante sus inversiones. Las ganancias realizadas por cualquier capital concreto favorecido significa una pérdida para el capital global, una utilización del capital-dinero acumulado. Es este capital-dinero no empleado el que reinicia el movimiento de los medios de producción y de las fuerzas de trabajo inmovilizadas, y su volumen fija los límites de este crecimiento de la producción. Desde el momento en que la ampliación de crédito mediante capital no empleado se agota, un nuevo aumento del gasto público sólo es posible mediante una clara inflación, gracias a la creación de dinero y su posterior devaluación. Si el financiamiento por déficit presupuestario mediante empréstitos de Estado ya es un proceso inflacionista, este proceso permanece limitado y controlable, mientras que la pura y simple inflación de billetes de banco no encuentra ningún límite objetivo.

Es inevitable que el crecimiento continuo de un sector de la economía no productor de beneficio ponga al final en crisis al propio sistema de producción capitalista. Por este motivo, el mantenimiento de un cierto nivel de producción y de empleo deseado, no puede ser otra cosa que una posibilidad transitoria, un remedio que —tarde o temprano— será desechado por una nueva coyuntura del capital privado. Puesto que el Estado es el del capital privado, la política anticrisis que pone en pie mediante la financiación de gastos públicos subvencionados por el déficit presupuestario encuentra un término cuando su propia extensión la transforma de momentáneo elemento de estabilización económica en algo contrario, un factor agravante de la crisis. Desde aquel momento, se impone nuevamente la antigua ley de las crisis.

Para tratar ahora de los problemas económicos de hoy en día, es necesario constatar en primer lugar que las grandes crisis de nuestro siglo, a diferencia de las del siglo XIX, no se han superado gracias a medidas «puramente económicas». Durante el siglo pasado todo el mundo se adaptaba a las consecuencias de la crisis y de la recesión sin intentar atenuarlas o superarlas con intervenciones deliberadas. La primera gran crisis del siglo XX llegó durante la Primera Guerra

Mundial, cosa que no significa, en modo alguno, que la guerra fuera consecuencia de la crisis, sino simplemente que la situación de crisis preexistía y que si no se la reconoció como tal, fue porque la guerra imperialista le dio otro aspecto. La crisis de 1929, nacida en América, alcanzó a todo el mundo, y tanto más debido al hecho de que las naciones europeas todavía no habían podido desasirse totalmente de la crisis anterior. La situación de crisis declarada por la Primera Guerra Mundial se prolongó en una crisis de posguerra, a pesar de las fluctuaciones con que se manifestó la recesión. Pero no se logró encontrar de nuevo una progresión de la acumulación. El relativo estancamiento de la economía europea no podía sino poner trabas a su vez a la prosperidad que el capital americano conoció después de la guerra. La economía americana, en principio, había conocido un impulso poderoso, aunque insuficiente para arrastrar al conjunto de la economía mundial. Cuando la prosperidad americana naufragó, llegó la crisis mundial.

Fue entonces cuando Keynes elaboró las modificaciones de la teoría neoclásica (que ya había encontrado anticipaciones prácticas en distintos países donde los Gobiernos habían intervenido en la marcha económica). Pero estas intervenciones no habían significado ningún éxito notable, y esta fue la causa que explica que la aportación de Keynes a la teoría clásica del mercado tardara en imponerse. Por otra parte, es exacto que la política armamentística de Hitler financiada con el déficit presupuestario y otros medios logró detener el paro. Pero los mismos factores que comportaban este resultado agravaban simultáneamente la crisis hasta el punto de no permitir otra elección final que una descomposición más total de la economía —a pesar de la intervención del Estado— y una solución imperialista violenta, es decir la guerra. El capital alemán jugó la carta de la guerra, para hacer pagar a los otros países el salvamento de su propia economía. En los Estados Unidos gracias al New-Deal (que aunque nada debía a las ideas de Keynes, sin embargo respetaba sus principios teóricos) el paro descendió de 15 millones a 8 millones de personas. Pero, hacia 1937, parecía que se habían agotado todos los medios de lucha contra la crisis. Fue necesario el esfuerzo de armamento cara a la Segunda Guerra Mundial, realizado al finalizar la guerra española, para que el paro pudiera todavía reducirse más. Sólo la guerra permitió el pleno empleo, tanto en América como en los demás países beligerantes. El programa de Keynes encontraba su realización en la producción de guerra, es decir, en condiciones que excluían la acumulación. Por ejemplo, en Estados Unidos, el índice de acumulación descendió por debajo del 1%, de manera que el capital sólo alcanzaba para reproducirse. Casi la mitad de la producción total fue utilizada para fines militares, y lo que se destruye en la

guerra no puede servir para la acumulación. El pleno empleo estuvo pues acompañado de una reducida acumulación capitalista a nivel cero; en otras palabras, una producción que sólo era capitalista en sus principios teóricos.

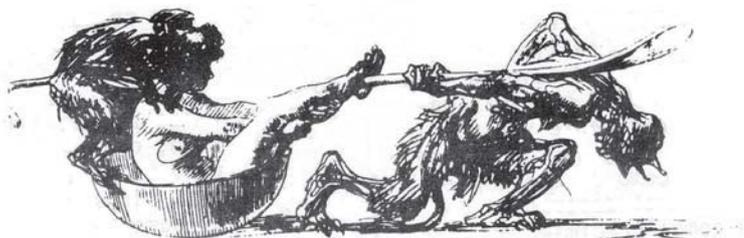
Después de la Segunda Guerra Mundial, el capital internacional conoció un relanzamiento inesperado, y que no cuadraba con las teorías de Keynes.

Según éstas, el punto de referencia era una situación de estancamiento económico que podía remediarse gracias al aumento de la demanda pública. Sin embargo, los teóricos de inspiración keynesiana vieron en el relanzamiento general de la economía la confirmación de sus ideas. Cosa que no correspondía a su manera de pensar. En realidad este relanzamiento, como los precedentes, era consecuencia de la crisis que lo había precedido. El estancamiento del capital europeo entre las dos guerras mundiales y la enorme destrucción de capital, tanto bajo su forma de valor como bajo su forma física, realizada por la guerra, comportaron una modificación general de la estructura del capital que permitió elevar los beneficios en relación a un capital disminuido, hasta un nivel suficiente para asegurar un relanzamiento de la acumulación. El secreto de la alta coyuntura de la postguerra, es la destrucción del capital por la guerra y la crisis. No son los métodos keynesianos de orientación de la actividad económica, sino los propios mecanismos de crisis de acumulación del capital, los que explican este relanzamiento.

Desde un punto de vista marxista, este relanzamiento no tenía nada de sorprendente. El índice medio de beneficio, y por consiguiente el índice de acumulación del capital, depende siempre de la situación del capital global o, en términos marxistas, de la composición orgánica del capital. La destrucción del capital, asociada a una elevación de la productividad del trabajo, puede engendrar un índice de beneficio que permita pasar de la recesión a una nueva fase de prosperidad. Es así como se realiza la acumulación del capital a pesar de la crisis y gracias a ella, siempre que el beneficio corresponda a las exigencias de la acumulación. La reorganización de conjunto del capital condujo a un relanzamiento. Se hubiera podido pensar que la adaptación del beneficio a la acumulación estaba objetivamente excluida; pero una efectiva reactivación económica confirma que no fue este el caso.

Es el mecanismo de las crisis del capital, y no la manipulación keynesiana de la economía, lo que explica la duración de la coyuntura favorable durante los años de la posguerra. Por otra parte, esta reactivación no estuvo exenta de contragolpes, porque afectó a modo muy diverso a los distintos países.

En muchos países, y de manera muy particular en Estados Unidos, el Estado intervino constantemente en la actividad económica, mediante el camino de la política monetaria y fiscal, para poner remedio a las recesiones que venían incluso durante el periodo de relanzamiento. La prosecución de la política imperialista supuso la exclusión de cualquier tipo de reducción de los gastos del Estado improductivos



destinados a fines militares, e impuso el mantenimiento y la extensión del sector no rentable de la producción global. Sin embargo, la expansión del capital era bastante importante para provocar un relanzamiento general, en el que la parte de la producción inducida del Estado disminuía proporcionalmente a pesar de continuar siendo un elemento significativo de la producción global. El mantenimiento en tales condiciones de lo que era considerado como una situación de prosperidad capitalista, provocó el nacimiento de una ilusión por la que se pensaba que se había logrado finalmente poner término a las cíclicas crisis del capital, gracias a los métodos de Keynes. La era de las crisis parecía superada para siempre, porque se creía poder establecer, mediante la intervención central en el funcionamiento económico, un equilibrio entre la oferta y la demanda asociado al pleno empleo. La aparente posibilidad de regulación económica del mercado por parte del Estado, con el consiguiente desarrollo sin crisis que permitía, impresionó incluso al campo anticapitalista, hasta el punto que se quisieron asociar las ideas marxistas a las de Keynes, y que se dijo que se iniciaba un nuevo período de desarrollo capitalista incapaz de ser explicado por la ley de las crisis de Marx. Basta pensar en personas como Marcuse, Baran y Sweezy, para darse cuenta hasta que punto influyeron las nuevas ilusiones capitalistas en aquellos que se con sideraban sus críticos.

En el paso realizado por Keynes de lo que se llama de la microeconomía a la macroeconomía, es decir la toma en consideración de los problemas sociales antes olvidados, todavía hay algo de estático, porque no se considera el desarrollo del capital; pero la elaboración de la teoría de Keynes ha supuesto muchas tentativas para darle un carácter dinámico o, si se prefiere, para profundizar sobre las leyes del desarrollo y del movimiento del capital. Si esto se pudiera considerar

un programa para la economía política burguesa, tal progreso no sería sino volver nuevamente a los clásicos de la economía política, y de modo muy particular – aunque sin citarla– a la teoría marxista del desarrollo capitalista.

Se reconocían ahora las dificultades inherentes al desarrollo capitalista y, por consiguiente, la tendencia a perturbar incesantemente el equilibrio anteriormente alcanzado. Pero ello era para llegar a la conclusión de que las contradicciones inmanentes del sistema se podían suprimir mediante una intervención durable y planificada del Estado. En el lenguaje de la apologética capitalista, como el que empleaba por ejemplo Samuelson, el desarrollo del capital concebido como «crecimiento», tendía ciertamente a la inestabilidad, pero ésta podía ser eliminada mediante la orientación de la economía, del mismo modo que una bicicleta cae al suelo si se la deja sola, pero permanece en equilibrio cuando está montada por un ciclista. Esta concepción optimista fue casi el patrimonio de la teoría económica burguesa.

¿Qué fue lo que pasó realmente? Repitémoslo todavía otra vez: la guerra había destruido hasta tal punto la economía europea y japonesa, que la resurrección no podía ser considerada de otro modo que como un proceso muy lento.

Simultáneamente a las fuerzas productivas, el capital había también desarrollado las fuerzas destructivas, que habían alcanzado mucho más gravemente a los países comprometidos en la guerra que no durante la anterior contienda mundial del 14. Además de las consideraciones políticas suscitadas por un nuevo adversario, el imperialismo soviético, también había razones propiamente económicas para incitar al capital americano a acelerar la reconstrucción del capital occidental, mediante empréstitos y el Plan Marshall. Con ello, no sólo se lograba beneficiar directamente a los que obtenían la ayuda americana sino también a la propia economía americana, porque la importación de capital por los otros países se traducía, necesariamente, en exportación de mercancías americanas. De esta manera, la vida económica se reanimaba por ambas partes, tanto en los países importadores de capital como en los exportadores de mercancías. La destrucción de los valores capitalistas en Europa y Japón, la anulación de las deudas mediante las devaluaciones, las aplicaciones de nuevas tecnologías y de nuevos métodos de producción, asociadas a un índice de explotación elevado debido a la penuria provocada por la guerra, todo ello permitió índices de beneficios y un índice de acumulación que se elevó a casi el 25 % de la producción global. Fue precisamente este índice de acumulación excepcional, unido a circunstancias particulares, el que entró en la historia con el nombre de «milagro económico» y que

mejoró progresivamente el grado de competitividad de Europa y Japón en el mercado mundial.

Como contrapartida, la economía americana se caracteriza por un índice de acumulación muy bajo, que se mantuvo por debajo de sus promedios históricos durante toda la posguerra, sin superar nunca el 3 ó el 3,5 %. Precisamente debido al hecho de que el capital americano estaba alcanzado por la sobreacumulación (con lo que no era posible que los beneficios correspondieran a las necesidades de valoración del capital), la posibilidad de exportarlos hacia otros países permitía asociarlos al auge que conocían los países en reconstrucción. A este factor hay que añadir también los nuevos compromisos imperialistas a escala planetaria, interviniendo en los desarrollos políticos asiáticos (guerras de Corea y de Indochina). La exportación de capital, y los gastos unidos a las expediciones imperialistas que exigían anualmente de 20 a 25 mil millones de dólares, excluían una disminución del presupuesto del Estado e imponían la financiación de la política extranjera imperialista mediante métodos inflacionistas, ya que el índice de beneficios era relativamente bajo. La adopción del dólar como referencia internacional y unidad monetaria de reserva permitió al capital americano, acelerando la creación de moneda, no sólo el penetrar profundamente en la economía europea,



sino también de manera simultánea estimular la producción americana gracias a la producción inducida por el Estado. Sin alcanzar el pleno empleo, el elevado índice de empleo provocó esta ilusión de un desarrollo capitalista exento de crisis, tal como decíamos antes.

Sin esta producción inducida por el Estado, el número de parados hubiera sido mucho más elevada de lo que fue, porque el índice de acumulación no permitía conseguir el pleno empleo. Pero, incluso durante los últimos años de la guerra de Indochina, la capacidad de producción americana sólo se empleaba en un 86 % y el desempleo oscilaba entre el 4,5 y el 5 % de la población activa. Por consiguiente, el período de posguerra fue muy distinto en Estados Unidos y en Europa y Japón, y la reactivación general de este período llevaba consigo ya el germen de la destrucción, que se manifestaba anticipadamente en la diversidad de condiciones de acumulación propias de cada país

capitalista. Pero como América casi aseguraba la mitad de la producción mundial, el relativo estancamiento del capital americano era el índice de una rentabilidad insuficiente en relación de las exigencias de beneficio del capital mundial, aunque esta podía quedar enmascarada durante mucho tiempo mediante la adopción de manipulaciones monetarias y políticas de crédito, capaces de hinchar los beneficios. La prosperidad se acompañaba de una «inacción rampante».

Dado que la intervención del Estado en la economía descansa, en lo que se refiere a la extensión de la producción, en la capacidad del Estado para ofrecer un sentido de respuesta, esta intervención tiene una eficacia análoga a la creación de crédito en el sector privado. En la teoría de Marx, pero también en las teorías burguesas, un desarrollo excepcional del crédito siempre ha anunciado una crisis próxima, ya que es signo de una competencia más dura para un margen de beneficio en manifiesta disminución, cosa que conduce a una concentración y centralización más exageradas del capital. Los trusts capitalistas se esfuerzan cada uno en obtener una parte más importante del beneficio social global, ampliando su producción y bajando sus precios gracias al crédito - con lo que se agrava la sobreacumulación de capital que ya se manifestaba en la penuria de beneficios-. A pesar de todo, el primer efecto de la extensión del crédito, en la medida en que multiplica efectivamente la producción, consiste en retrasar el estallido de la crisis. La actividad económica es más intensa de lo que sería sin esta extensión. Pero la multiplicación de la producción no significa necesariamente la de los beneficios globales. Basta que la relación entre el índice de explotación y la estructura del capital global sea la misma, retrasando momentáneamente la crisis, para preparar una crisis más profunda todavía, así que la prosperidad provocada mediante el crédito se demuestre ilusoria. Una extensión demasiado rápida del crédito, que encuentra tarde o temprano su límite en el índice de interés determinado por el índice de beneficio, siempre ha sido la expresión de las contradicciones inherentes al sistema capitalista, y la propia economía burguesa siempre la contempló con el mayor escepticismo.

Pero lo que nos importa aquí es que la extensión del crédito siempre tuvo un efecto inflacionista. Si los precios suben es para que la mayor inversión en capital quede justificada cuando el índice de beneficio está estancado, con la finalidad de ganar en la esfera de la circulación lo que no puede obtenerse en proporción suficiente en la producción. Como los precios nunca suben de igual modo y dado que, de modo particular, el precio de la fuerza de trabajo siempre va retrasado en relación al aumento general de los precios, resulta una modificación de la relación salario/beneficio, en

ventaja del beneficio capitalista. También se provoca un desplazamiento general de la estructura de las rentas, en detrimento de las capas sociales cuyas rentas no siguen el ritmo de los aumentos de precios. El capital intenta garantizar sus beneficios cargándolos a la sociedad y principalmente a los trabajadores aunque sin lograr mantener o encontrar de nuevo su capacidad de acumulación. En cualquier caso, el crédito no ha sido capaz hasta el momento presente de suprimir nunca el ciclo de las crisis capitalistas; es la propia crisis la que elimina al crédito como medio para relanzar la producción.

Dado que la producción inducida por el Estado mediante el crédito no genera, desde el punto de vista de la sociedad, ni provecho ni interés, sólo encuentra límites objetivos en la masa de capital presente pero no empleado, que el Estado toma en empréstito al capital privado. Esta fracción del capital privado, que resurge en forma de deuda pública, financia también los intereses que gravan los empréstitos del Estado. Si estos límites objetivos del endeudamiento del Estado son alcanzados, el mantenimiento de la producción inducida por dicho endeudamiento depende entonces de la capacidad del Estado para crear moneda; en otras palabras, depende del financiamiento de esta producción mediante «la máquina de fabricar billetes» o mediante la pura y simple inflación provocada por la devaluación. Pero el financiamiento mediante la deuda pública es en si mismo un proceso inflacionista, aunque más lento, porque el beneficio social no se acrecienta al mismo ritmo que la producción en su conjunto, y esta distancia creciente entre el beneficio y la producción conlleva inevitablemente un alza de precios. De hecho, el financiamiento mediante los empréstitos de Estado se acompaña de una aceleración de la creación de moneda de manera que, por un lado, se anima a la inversión privada con la baja de los índices de interés, mientras por otro lado se procure disminuir la carga de intereses del Estado.

Nadie ha puesto jamás en duda que los métodos propuestos por Keynes no fueran inflacionistas; él mismo y sus seguidores han visto, por el contrario, que en ello residía el secreto de la estabilidad capitalista. Sin embargo, se admitía que los procesos inflacionistas conducían a un nuevo equilibrio económico que ponía término a la fase inflacionista. Pleno empleo acompañado de la estabilidad de los precios, tal era el objetivo a alcanzar; los métodos inflacionistas podían ser utilizados o abandonados según las necesidades de cada momento. Mientras existiera paro, la inflación sería el único modo de atenuarlo o de eliminarlo. Una vez alcanzado el pleno empleo, se podría parar la inflación utilizando medios deflacionistas, compensando los déficits anteriores gracias a los nuevos beneficios. En cualquier caso, se creía

firmemente en la posibilidad de conducir la economía hacia una política fiscal y monetaria perspicaz, según los deseos del gobierno. Si la supresión del paro y de los problemas sociales que comporta se acompañaban de una inflación rampante, éste era un precio en cualquier caso menor a los ojos de los economistas. Más valía el pleno empleo con una tendencia a la inflación que no resignarse al creciente paro por miedo a la inflación. Por otra parte, se constató que tanto hoy como en el pasado, cualquier coyuntura favorable iba acompañada de aspectos inflacionistas. El pleno empleo se asociaba siempre al alza de precios, como lo había históricamente establecido el economista inglés Phillips; la baja de los precios siempre iba acompañada de un índice elevado de paro. Por consiguiente, en la inflación actual, todavía se veía la aplicación de una especie de ley natural que asociaba el pleno empleo y la inflación. Así, no sólo la inflación se explicaba mediante el pleno empleo, sino que era imputada a los trabajadores porque se les consideraba responsables del aumento de los precios, debido a los mejores salarios que lograban en período de pleno empleo.

Llegó el día, sin embargo, que tuvo que admitirse que no sólo el pleno empleo era inseparable de la inflación sino también que ésta aumentaba incluso en período de creciente paro. La recesión económica, en lugar de frenar la inflación, no hacía sino acelerarla. Un hecho que combinaba mal con las teorías económicas más extendidas. El arsenal anticrisis de Keynes demostró ser ilusorio, y ante la nueva crisis que se anunciaba, nos encontrábamos tan desarmados como ante las precedentes. Esto no hacía sino confirmar una vez más lo que se había perdido de vista durante el largo período de alta coyuntura que habían conocido algunos países occidentales; saber que es imposible regularizar el sistema capitalista y que la única regulación que en cierta medida existe es

la del retorno de las crisis. En el siglo XX como en el anterior, el proceso de acumulación del capital comporta el paso de un período de expansión a una situación de crisis, condición necesaria para una nueva acumulación, y esto siempre que quede una posibilidad objetiva de restablecer la rentabilidad perdida.

Queda claro que es exacto que la intervención del Estado puede influir en el curso de la actividad económica y que, cuando se entra en una situación de crisis, es posible atenuar sus efectos ampliando la producción gracias a este método intervencionista, aunque sin influir en modo alguno sobre la tendencia hacia la superacumulación que resulta del imperativo de valorización del capital. Si se confirma la crisis de sobreacumulación, se constata que las tentativas para atenuarla gracias a la orientación económica del Estado no hacen sino agravarla. En tales circunstancias, la crisis se traduce del modo más clásico, mediante la caída de la producción, el desempleo masivo, la destrucción de capital y de la fuerza de trabajo y la intensificación de la competencia entre capitales. La crisis general del capital, nacida de la relación entre las clases sociales y que resulta, en definitiva, de la producción del capital, no puede resolverse por los métodos con pretensiones de nuevas orientaciones de la economía capitalista, sino solamente —si esto es posible— por los medios destructivos, los mismos que ya en el pasado permitieron salir de la crisis y suscitar una reactivación. Si la burguesía ha creído haber encontrado el camino de un desarrollo capitalista exento de crisis, la crisis que se anuncia atestigua una vez más que la economía burguesa es incapaz de comprender su propio sistema y todavía menos de dirigirlo. Lo que empieza a pasar es la verificación empírica de la teoría de la acumulación de Marx, entendida como teoría de la crisis capitalista.

Paul Mattick



EL MARXISMO AYER, HOY Y MAÑANA

Según la concepción de Marx, los cambios en las condiciones sociales y materiales transforma la conciencia de los individuos. Esto también es aplicable al marxismo y a su desarrollo histórico. El marxismo era en sus comienzos una teoría de la lucha de clases fundada en el análisis de las específicas relaciones sociales de la producción capitalista. Pero mientras su análisis de las contradicciones inherentes a la producción capitalista se referían a la dinámica general del desarrollo capitalista, la lucha de clases es un asunto cotidiano que se ajusta a las cambiantes condiciones sociales. Estas adecuaciones sucesivas se encuentran reflejadas en la ideología marxista. Por eso, la historia del capitalismo es, igualmente, la historia del marxismo.

El movimiento obrero precedió a la teoría marxiana y aportó las bases de su desarrollo. El marxismo ha llegado a ser la teoría dominante del movimiento socialista porque consiguió revelar convincentemente la estructura explotadora de la sociedad capitalista así como, de la misma forma, poner de manifiesto los límites históricos de este particular modo de producción. La clave del gran desarrollo del capitalismo —o sea, el constante incremento de la explotación de la fuerza de trabajo—, es también la clave de las numerosas dificultades que apuntan hacia su final. *El Capital* de Marx, empleando el método de análisis científico, fue capaz de articular una teoría que sintetizaba la lucha de clases y las contradicciones de la producción capitalista.

La crítica de la economía política realizada por Marx tenía que ser forzosamente tan abstracta como la economía política misma. Por ello, la crítica de la economía política sólo abordó la tendencia general del desarrollo capitalista, no la multiplicidad de sus manifestaciones concretas de cada momento. Puesto que la acumulación de capital es a la vez la causa de la expansión del sistema y la razón de su declive, la producción capitalista se desenvuelve como un proceso cíclico de expansión y contracción. Estas dos situaciones comportan condiciones sociales diferentes y, por tanto, diferentes reacciones por parte del capital y del trabajo. Ciertamente, la dinámica general del desarrollo capitalista conlleva crecientes dificultades para sustraerse a un período de contracción por medio de una mayor expansión del capital, de ahí la tendencia hacia el derrumbe del sistema. Pero no es posible decir en qué momento de su desarrollo el capital se

desintegrará a través de la objetiva imposibilidad de continuar su proceso de acumulación.

La producción de capital, comportando la ausencia de cualquier tipo de regulación social consciente, encuentra una especie de ciega regulación en los mecanismos de la oferta y la demanda propios del mercado. Este, a su vez, se adapta a las necesidades de la expansión del capital, necesidades que son determinadas, por un lado, por las cambiantes condiciones de explotación de la fuerza de trabajo y, por otro, por la modificación en la estructura del capital debida a su propia acumulación.

Las entidades particulares involucradas en este proceso no son empíricamente discernibles de forma que es posible determinar si una crisis concreta de la producción de capital será de mayor o menor duración, de efectos más o menos devastadores por lo que se refiere a las condiciones sociales, o si resultará ser la crisis final del sistema capitalista merced a la sublevación de la clase cuya acción conduciría a una resolución revolucionaria.

En principio toda crisis prolongada y profunda puede derivar hacia una situación revolucionaria en el sentido de intensificar la lucha de clases hasta el punto del abatimiento del capitalismo, toda vez, desde luego, que las condiciones objetivas entrañen una disposición subjetiva a cambiar las relaciones sociales de producción. En los inicios del movimiento marxista, aquello fue considerado como una posibilidad real debido al crecimiento del movimiento socialista y a la extensión de la lucha de clases dentro del sistema capitalista. El desarrollo de la lucha de clases se pensaba que debía discurrir paralelo al desarrollo de la conciencia de clase proletaria con lo que el surgimiento de las organizaciones de la clase obrera daría pie al reconocimiento de aquellas como una alternativa a la sociedad capitalista.

La teoría y la práctica de la lucha de clases fue considerada como un fenómeno unitario debido a la auto-expansión y a la consiguiente auto-limitación del desarrollo capitalista. Se pensó que la creciente explotación del trabajo y la progresiva polarización de la sociedad entre una pequeña minoría de explotadores y una gran mayoría de explotados estimularía la conciencia de clase de los trabajadores y, consecuentemente su predisposición revolucionaria hacia la destrucción del sistema capitalista. En realidad, las condiciones sociales de ese tiempo permitieron

otra perspectiva, en un momento en que el despliegue del capitalismo industrial se acompañaba de un incremento de la miseria de la clase trabajadora y de un apreciable endurecimiento en la lucha de clases. Sin embargo, estas perspectivas no dejaban de estar condicionadas por unas condiciones que no permitían apreciar la posibilidad de que los acontecimientos siguieran otro curso.

Aunque entorpecido por períodos de crisis y depresión, el capitalismo ha sido capaz de mantenerse hasta hoy con una continua expansión del capital y de extenderse por todo el planeta gracias a la permanente progresión de la productividad del trabajo. Ello hizo posible, no solamente recuperar la rentabilidad perdida, sino incrementarla hasta tal punto como para continuar el proceso de acumulación y mejorar las condiciones de vida de una gran proporción de la población trabajadora. El éxito de la expansión del capital y la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores hizo que apareciera la sombra de la duda respecto a la validez de la teoría abstracta del desarrollo capitalista en Marx. Ateniéndose a los hechos empíricos, la realidad parecía contradecir las expectativas de Marx por lo que se refiere al futuro del capitalismo. Allí donde fue mantenida no pasó de ser asociada a una práctica ideológica tendente al derrocamiento del capitalismo. El marxismo revolucionario se transformó en una teoría evolucionista, que expresaba su deseo de superar el sistema capitalista por medio de una reforma constante de sus instituciones políticas y económicas. El marxismo revisionista, de una manera clara o solapada, estableció una especie de síntesis de marxismo e ideología burguesa, como corolario teórico de la integración práctica del movimiento obrero en la sociedad capitalista.

Sin embargo, tampoco hay que sobre valorar este hecho ya que el movimiento obrero organizado en ningún momento aglutinó más allá de una pequeña proporción de la clase trabajadora. La gran mayoría de trabajadores se acomodaba a la ideología de la clase burguesa dominante y –sujeta a las condiciones objetivas del capitalismo– constituye sólo potencialmente una clase revolucionaria. Podría llegar a ser revolucionaria por la fuerza de las circunstancias que desbordasen las limitaciones de su conciencia ideológica y de esa forma ofrecer la posibilidad a la fracción consciente de la clase obrera de transformar la potencialidad en realidad mediante su ejemplo revolucionario. Esta función de la fracción consciente de la clase obrera se perdió con su integración en el sistema capitalista. El marxismo devino una doctrina cada vez más ambigua sirviendo a objetivos diferentes de los contemplados en un principio.

Todo esto es historia: concretamente la historia de la Segunda Internacional que puso de manifiesto que

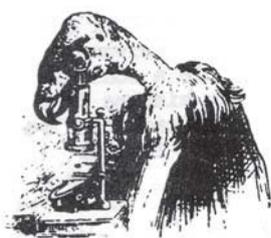
su orientación aparentemente marxista no fue sino la falsa ideología de una práctica no revolucionaria. Todo esto no tiene nada que ver con una «traición» al marxismo, sino que fue el resultado de la rápida y poderosa expansión del capitalismo lo que indujo al movimiento obrero a adaptarse a las cambiantes condiciones de la producción de capital. Puesto que el derrocamiento del sistema parecía imposible, las modificaciones del capitalismo determinaron las del movimiento obrero. Así, el movimiento obrero, en tanto movimiento reformista, compartió las reformas del capitalismo fundadas en el incremento de la productividad del trabajo y la expansión competitiva imperialista del capital organizado nacionalmente. La lucha de clases se tornó en colaboración entre las clases.

En estas nuevas condiciones, el marxismo, en la medida que no fue enteramente rechazado o reinterpretado en su contrario, adoptó una forma estrictamente ideológica que no afectó a la práctica pro-capitalista del movimiento obrero. De este modo, el marxismo pudo coexistir con otras ideologías rivalizando con ellas para ganar adeptos. Dejó de representar la forma consciente de un movimiento de trabajadores tendente a derribar el orden social existente para dar paso a una concepción del mundo pretendidamente basada sobre la ciencia social de la economía política. De este modo, el marxismo atrajo el interés de los elementos más críticos de la clase media, aliados, pero no parte constitutiva de la clase obrera. Ello fue la mera concreción de la ruptura consumada entre la teoría marxiana y la actual práctica del movimiento obrero.

No cabe duda, desde luego, que las ideas socialistas fueron ante todo y principalmente -aunque no exclusivamente- propugnadas por miembros de la clase media que habían sido conmocionados por las inhumanas condiciones sociales de los primeros tiempos del capitalismo. Fueron aquellas condiciones, no el nivel de su inteligencia, lo que atrajo su atención hacia el cambio social y, por ello mismo, hacia la clase obrera. No es por tanto sorprendente que las mejoras introducidas por el capitalismo en el transcurso del siglo haya suavizado su sentido crítico toda vez que la misma clase obrera había perdido la mayor parte de su combatividad. El marxismo devino una preocupación de intelectuales y tomó un carácter académico. Dejó de ser considerado como una cuestión estrictamente vinculada a la práctica del movimiento obrero para convertirse en un tema científico relativo a aquél.

Aunque las controversias entabladas en torno a las diversas cuestiones planteadas por el marxismo contribuía a mantener la ficción de la naturaleza marxiana del movimiento obrero, las realidades de la primera guerra mundial vinieron a disiparlas.

Esta guerra, que representó una gigantesca crisis de la producción de capital, permitió un corto florecimiento del radicalismo en el movimiento obrero y entre la clase obrera en general. Se llegó a proclamar una vuelta a la teoría y práctica marxiana. Pero fue tan solo en Rusia donde las sublevaciones llegaron a permitir el derrocamiento de un régimen atrasado, semi-feudal. Sin embargo, era esta la primera vez que se ponía fin a un régimen capitalista a través de la intervención de su población sometida y por la determinación de un movimiento marxista. La muerte del marxismo de la Segunda Internacional pareció que fue debida a su reemplazamiento por el marxismo vivo de la Tercera Internacional. Y puesto que había sido el partido Bolchevique, bajo la conducción de Lenin, el que había convertido la revolución rusa en una revolución social, fue la particular interpretación del marxismo hecha por Lenin la que se convirtió en el



marxismo del nuevo y «último» estadio del capitalismo. Este marxismo, muy justamente reformulado como «Marxismo-Leninismo» en el que ha dominado en el mundo durante la postguerra.

No se va a volver a describir aquí la historia de la Tercera Internacional y el tipo de marxismo que propagó. Esta historia está profusamente escrita en numerosas publicaciones donde las responsabilidades de su fracaso son atribuidas únicamente a Stalin o a Lenin mismo. La cuestión es que el concepto de revolución mundial no sería realizado y que la Revolución Rusa quedó reducida a una revolución nacional y, por eso, prisio nera de sus propias condiciones socio-económicas. En su aislamiento no podía ser definida como una revolución socialista en el sentido marxiano, porque carecía de todas las condiciones para una transformación socialista de la sociedad, o sea, la preponderancia del proletariado industrial y un aparato productivo que, en manos de los productores, acabaría no solamente con la explotación sino que conduciría a la sociedad más allá de los confines del sistema capitalista. Con tal estado de cosas, el marxismo aportaría solamente el soporte ideológico, aunque de forma contradictoria, a la realidad del capitalismo de Estado. En otras palabras, como ocurría en la Segunda Internacional, así también en su sucesor, subordinado como estaba a los intereses concretos de la Rusia Bolchevique, el marxismo solo vendría a cumplir la función de ideología enmascaradora de una práctica no-revolucionaria finalmente convertida en una práctica contra-revolucionaria.

En ausencia de un movimiento revolucionario, la Gran Depresión, afectando al conjunto de los países

del mundo, derivó, no en sublevaciones revolucionarias, sino en el fascismo y en la segunda guerra mundial. Todo lo cual significó el completo eclipse del marxismo. La postguerra significó una nueva oleada en la expansión capitalista a escala internacional. Esta situación comportó no la reemergencia del marxismo revolucionario sino la «guerra fría», o sea, la confrontación de los diferentes sistemas capitalistas organizados en una continua batalla por obtener esferas de influencia y parte de la explotación. Por parte del capitalismo de estado, esta confrontación fue camuflada como un movimiento marxista contra la monopolización capitalista de la economía mundial, mientras que el capitalismo de propiedad privada encontró una buena ocasión para identificar a sus enemigos del capitalismo de estado como marxistas, o comunistas, que, en tanto destructores de la libertad de acumular capital de forma privada, eran, asimismo, destructores de todas las libertades de la civilización. Esta actitud contribuyó en gran medida a imprimir la etiqueta del marxismo a la ideología del capitalismo de Estado.

De este modo, los cambios favorecidos por una serie de crisis y guerras no condujeron a la confrontación entre el capitalismo y el socialismo, sino a la división del mundo en dos sistemas controlados de forma más o menos centralizada y a una profundización de las diferencias entre los países capitalistas desarrollados y los países subdesarrollados. Es cierto que se hace, en líneas generales, la distinción entre países capitalistas, socialistas y «tercer mundo», pero es una simplificación engañosa de diferencias mucho más complejas entre estos sistemas económicos y políticos. El «Socialismo» es erróneamente, pero habitualmente, considerado como un sistema económico de control estatal a escala nacional en el que la planificación reemplaza a la competencia. Aunque un sistema tal no es capitalista en el sentido tradicional, tampoco puede ser considerado como un sistema socialista en el sentido marxiano de una asociación de productores libres e iguales. Interviniendo en un mundo capitalista y, consecuentemente imperialista, no puede dejar de participar en la competencia por el poder económica y político y, como el capitalismo, debe expandirse o retraerse.

Debe reforzarse en todos los aspectos a fin de limitar la expansión del capital monopolista, por el cual se ve amenazado con ser destruido. La forma nacional de los pretendidos regímenes socialistas les hace entrar en conflicto, no sólo con los países del capitalismo tradicional, sino con los otros países supuestamente socialistas; estos deben dar prioridad a los intereses nacionales, o sea, a los intereses de las nuevas capas privilegiadas que dirigen el estado, cuya existencia y estabilidad está basada sobre el estado nacional. A esto se debe el hecho de que se pueda contemplar una variante «socialista» del imperialismo así como la

amenaza de la guerra entre los países llamados socialistas.

Tal situación era inconcebible en 1917. El leninismo o, según las palabras de Stalin, «el marxismo de la era del imperialismo», esperaba una revolución mundial según el modelo de la revolución rusa. Del mismo modo que en Rusia distintas clases se coaligaron para derrocar la autocracia, así también a escala internacional las naciones en diferente grado de desarrollo pueden luchar contra el enemigo común, el capital monopolista imperialista. Y así como en Rusia fue la clase trabajadora, bajo el liderazgo del Partido Bolchevique, quien transformó la revolución burguesa en una revolución proletaria, la Internacional Comunista sería el instrumento de transformación de las luchas antiimperialistas en revoluciones socialistas. En estas condiciones era inconcebible que las naciones menos desarrolladas pudiesen acortar el desarrollo capitalista -inevitable, por otra parte- y ser integradas en el mundo socialista en formación. Fundada sobre el supuesto éxito de las revoluciones socialistas en los países desarrollados, esta teoría no sería ni confirmada ni refutada toda vez que las esperadas revoluciones no han tenido lugar.

Lo que llama la atención en este contexto son las inclinaciones revolucionarias del movimiento bolchevique antes e inmediatamente después de su escalada al poder en Rusia. Su revolución fue hecha en nombre del marxismo revolucionario, su derrocamiento político y militar del sistema capitalista y el consiguiente establecimiento de una dictadura vendrían a asegurar la transición hacia una sociedad sin clases. Sin embargo, incluso en esta fase, y no solamente a causa de las condiciones particulares de Rusia, el concepto Leninista de reconstrucción socialista se desvió de las nociones primeras del marxismo y se centró en aquellas que se gestaron en la Segunda Internacional. Para ésta, el socialismo era concebido como un paso automático del propio desarrollo capitalista. La concentración y centralización del capital comportaría la eliminación progresiva de la competencia capitalista, así como su naturaleza de propiedad privada, hasta que un gobierno socialista, resultante del proceso democrático parlamentario, transformaría el monopolio del capital en el monopolio del estado y se iniciaría así el socialismo por decreto gubernamental. Aunque para Lenin y los bolcheviques esto resultaba ser una irrealizable utopía y una vil excusa para abstenerse de cualquier tipo de actividad revolucionaria, ellos también consideraron la instauración del socialismo como un asunto de gobierno, aunque debía ser llevado a cabo por medio de la revolución. Ellos discrepaban de los socialdemócratas en lo que se refería a los medios del, por otro lado, común adjetivo, la

nacionalización del capital por el estado y la planificación centralizada de la economía.

Lenin estaba de acuerdo con la filisteo y arrogante aseveración de Kautsky según la cual la clase obrera es incapaz por sí misma de desarrollar una conciencia revolucionaria, la cual ha de ser aportada desde fuera por la intelligentsia de la clase media. La forma organizativa de su idea fue el partido revolucionario considerado como vanguardia de los trabajadores y presupuesto irrenunciable de una revolución exitosa. En virtud de esta tesis, si la clase obrera es incapaz de llevar a cabo su propia revolución, será igualmente incapaz de construir una nueva sociedad, cuya tarea de construcción corresponderá al partido en tanto poseedor del aparato de estado. La dictadura del proletariado aparece entonces como la dictadura del partido organizado como estado. Y, por eso mismo, el estado ha de tener el control absoluto sobre la sociedad, pudiendo también controlar las acciones de la clase obrera, incluso aunque ese control sea ejercido supuestamente en su favor. En la práctica, esta tergiversación viene a representar la dirección totalitaria del gobierno bolchevique.

La nacionalización de los medios de producción y la gestión autoritaria del gobierno diferencia, sin duda, el sistema bolchevique del capitalismo occidental. Pero eso no modifica las relaciones sociales de producción que, en ambos sistemas, están basadas en la separación de los trabajadores de los medios de producción y la monopolización del poder político en manos del estado. Ya no es el capital privado sino el capital controlado por el estado el que se opone a la clase obrera y perpetuó la actividad productiva bajo la forma del trabajo asalariado continuando con la apropiación de plusvalía por parte del estado. Aunque el sistema bolchevique expropió el capital privado, no abolió la relación capital/trabajo sobre la que se asienta la dominación de clase en el presente. Fue sólo cuestión de tiempo que comenzara a surgir una nueva clase dominante cuyos privilegios dependían, precisamente, del mantenimiento y reproducción del sistema estatalmente controlado de producción y distribución, como la sola y «realista» forma de socialismo marxista.

El marxismo, sin embargo, en tanto crítica de la economía política y en la medida que lucha por una sociedad sin explotación y sin clases, sólo cobra un significado dentro de las relaciones de producción capitalistas. De modo que el fin del capitalismo implicaría, igualmente, el fin del marxismo. Para una sociedad socialista, el marxismo sería un hecho histórico más, como cualquier otro, del pasado. El hecho de describir el «Socialismo» como un sistema marxista descalifica la autodenominada naturaleza socialista del sistema capitalista de estado. La ideología marxista cumple aquí la función de intentar legitimar

las nuevas relaciones de clase como un requisito necesario para la construcción del socialismo y obtener así la aquiescencia de la clase obrera. Como ocurriera en el capitalismo de antaño, el especial interés de la clase dominante es hacer aparecer su interés concreto como el interés general.

A pesar de todo, en sus comienzos, el marxismo-leninismo fue una doctrina revolucionaria puesto que buscaba la realización de su concepción del socialismo a través de la práctica de medios de acción directa. En tanto que el concepto de socialismo no implicó mucho más que la formación de un sistema capitalista de estado, el socialismo fue generalmente así comprendido durante el paso del siglo anterior a este. Es por eso que no es posible hablar de «traición» por parte de los bolcheviques a los principios fundamentales del marxismo; por contra, el bolchevismo realizó la transformación del sistema capitalista de propiedad privada al de capitalismo de estado, lo cual había sido el objetivo declarado de los marxistas revisionistas y reformistas. Aunque estos últimos habían perdido todo interés en intervenir en el sentido que proclamaban sus creencias, prefiriendo acomodarse al *statu quo* capitalista. Lo que hicieron los bolcheviques fue poner en práctica el programa de la Segunda Internacional por medios revolucionarios.

Una vez que ellos ocuparon el poder, sin embargo, la estructura del capitalismo de estado de la Rusia bolchevique determinó su ulterior desarrollo, en la actualidad descrito con el término peyorativo de «Estalinismo». El específico carácter del estalinismo se explicó en función del atraso general de Rusia y del acoso capitalista, lo que exigía la centralización a ultranza del poder y los inhumanos sacrificios de la población trabajadora. Bajo diferentes condiciones, como las que prevalecían en países capitalistas más desarrollados y en más favorables condiciones políticas internacionales, se dijo, el bolchevismo no hubiese requerido la particular dureza que empleó en el primer país socialista. Aquellos más reticentes hacia esta primera «experiencia del socialismo», manifestaron que la dictadura del partido fue una mera expresión de la naturaleza semi-asiática del bolchevismo cuya experiencia no sería reproducible en los más avanzados países de occidente. El ejemplo ruso se utilizó para justificar las políticas reformistas como único medio de mejorar las condiciones de la clase obrera en occidente.

Muy pronto, sin embargo, las dictaduras fascistas en Europa Occidental demostraron que el control del Estado por el partido único no se limitó exclusivamente a Rusia, sino que fue aplicable a cualquier sistema capitalista. Este sistema de partido único podría ser utilizado igualmente para el

mantenimiento de las relaciones de producción existentes como para su transformación en el sistema capitalista de estado. Desde luego, el fascismo y el bolchevismo se diferenciaron respecto a su estructura económica aunque llegasen a ser políticamente indiscernibles. No obstante, la concentración del control político en los países capitalistas totalitarios comportó la coordinación central de la actividad económica en función de los fines específicos de las políticas fascistas y, por ello, una cada vez mayor similitud con el sistema ruso. Para el fascismo estas medidas eran temporales, similares al «socialismo de guerra» de la primera guerra mundial, pero no un objetivo definitivo. No obstante, fue una primera indicación de que el capitalismo occidental no es inmune a las tendencias del capitalismo de estado.

Con la consolidación deseada, pero no menos inesperada, del régimen bolchevique y la relativamente pacífica coexistencia de los sistemas sociales opuestos hasta la segunda guerra mundial, los intereses rusos requirieron la ideología marxista no solamente con fines internos, sino externos, para asegurar el apoyo del movimiento obrero internacional en defensa de la existencia nacional de Rusia. Este apoyo involucró a una parte, sin duda, del movimiento obrero, pero fue esta parte la que consiguió romper el frente antibolchevique que incluía los viejos partidos socialistas y los sindicatos reformistas. Puesto que estas organizaciones habían abandonado su herencia marxista, la aparente ortodoxia marxista del bolchevismo pasó a ser prácticamente la única posibilidad de la teoría marxiana en tanto contra-ideología de todas las formas de anti-bolchevismo opuesta a cualquier intento de debilitar o destruir el estado ruso. Simultáneamente, sin embargo, eran realizados intentos para asegurar el estado de coexistencia a través de diversas concesiones hechas al adversario capitalista y demostrar las mutuas ventajas a obtener mediante el comercio internacional y demás medios de colaboración. Esta política de doble faz contribuyó al fin concreto de preservar el estado bolchevique así como a garantizar los intereses nacionales de Rusia.

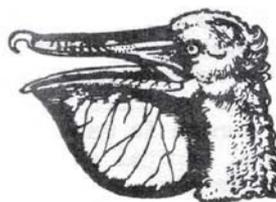
De este modo el marxismo fue reducido a una arma ideológica al servicio exclusivo de la defensa de las necesidades de un estado y de un país. Ya no entrañaba aspiraciones revolucionarias a nivel internacional, sino que se utilizaba la Internacional Comunista como un instrumento político controlado en función de los intereses concretos de la Rusia bolchevique. Ahora bien, esos intereses incluían ahora, y cada vez en mayor medida, el mantenimiento del *statu quo* a fin de asegurar el sistema ruso. Si al principio fue el fracaso de la revolución mundial lo que obligó a Rusia a una política de replegamiento, era entonces la estabilidad del

mundo capitalista lo que garantizaría la seguridad de Rusia, estabilidad que el régimen estalinista se esforzaba en mantener. La extensión del fascismo y la creciente posibilidad de adoptar soluciones imperialistas a la crisis mundial no comprometían solamente la coexistencia entre los estados, sino que también repercutía sobre las condiciones internas de Rusia, que exigía un cierto grado de estabilidad internacional. La propaganda marxista dejó de lado las cuestiones relativas al capitalismo y al socialismo para, bajo la forma de anti-fascismo, dirigirse contra una forma política particular del capitalismo que amenazaba desencadenar una guerra mundial. Esto implicaba, por supuesto, la aceptación de los estados capitalistas anti-fascistas como aliados potenciales, y así, la defensa de la democracia burguesa, contra los ataques de la izquierda y de la derecha, se puso ejemplarmente de manifiesto en la guerra civil española.

Incluso antes de esta encrucijada histórica, el marxismo-leninismo había asumido la misma elemental función ideológica que había caracterizado el marxismo de la Segunda Internacional. Aquél dejó de representar una práctica política cuyo objetivo sería el derrocamiento del sistema capitalista para ser solamente un enmascaramiento del socialismo tras el capitalismo de estado, contentándose con lograr una existencia dentro del sistema capitalista en el mismo sentido que el movimiento social-demócrata aceptaba las condiciones sociales como inviolables. El reparto de poder a escala internacional presuponía la misma delimitación a escala nacional y así el marxismo-leninismo fuera de Rusia se convirtió en un movimiento estrictamente reformista. Frente a una izquierda tal, los fascistas aparecían como la única fuerza aspirante al total control del estado. Ningún esfuerzo serio fue hecho para contrarrestar su escalada al poder. El movimiento obrero, incluyendo su ala bolchevique, se limitó a hacer uso de los tradicionales procedimientos democráticos para oponerse a la amenaza del fascismo. Todo ello significó su total pasividad y su desmoralización progresiva asegurando la victoria del fascismo en la medida que aparecía como la única fuerza dinámica interviniendo en un mundo en crisis.

Desde luego no fue solamente el control político de Rusia sobre el movimiento comunista internacional, por medio de la Tercera Internacional, lo que explica su capitulación frente al fascismo, sino también la burocratización del movimiento que concentró la adopción de todas las decisiones en manos de políticos profesionales que no compartían las condiciones de vida de un proletariado depauperado. Esta burocracia se encontró a sí misma en la «ideal» posición de ser capaz de expresar su oposición verbal al sistema, al

mismo tiempo que se beneficiaba de los privilegios que la burguesía concede a sus ideólogos políticos. No tenían ninguna razón para oponerse a la política general de la Tercera Internacional ya que concordaba con sus necesidades inmediatas en tanto líderes reconocidos de la clase obrera en la democracia burguesa. Finalmente, fue la apatía de los propios trabajadores, su indisposición para buscar de forma independiente sus propias soluciones a la cuestión social, lo que explica este estado de cosas y su vía de salida en el fascismo. Medio siglo de marxismo reformista bajo el principio de liderazgo, que sería acentuado por el marxismo-leninismo, dio origen a un movimiento obrero incapaz de intervenir sobre sus propios intereses y, por tanto, incapaz de inspirar a la clase obrera en su conjunto en un intento de prevenir el fascismo y la guerra por medio de una revolución proletaria.



Como ocurriera en 1914, el internacionalismo, y con él el marxismo, fue otra vez sumido en una oleada de nacionalismo e imperialismo. Las orientaciones políticas dependían de las

fluctuaciones en las relaciones entre las diversas potencias imperialistas, lo cual supuso, primeramente, el pacto Hitler-Stalin y después la alianza antihitleriana entre Rusia y las potencias democráticas. El final de las aspiraciones del marxismo, aunque meramente verbales, encontró su expresión tardía en la liquidación de la Tercera Internacional. El resultado de la guerra, predeterminado por su carácter imperialista, fue la división del mundo en dos bloques que muy pronto pusieron de manifiesto su pugna por el control mundial. La naturaleza antifascista de la guerra significó la restauración de regímenes democráticos en las naciones derrotadas y, por tanto, la reemergencia de los partidos políticos, incluidos aquellos con carácter marxista. En el este, Rusia restauró el imperio e incrementó su esfera de intereses en la medida que el botín de guerra le permitió. El desmoronamiento del sistema colonial dio origen al «tercer mundo», cuyas naciones adoptaron bien el sistema ruso, bien un sistema de economía mixta, según el tipo prevaleciente en el oeste. Una forma de neocolonialismo se extendió sometiendo a las naciones «liberadas» a un control, aunque indirecto, no menos efectivo por parte de las grandes potencias. Con todo, la difusión del sistema capitalista de estado de numerosos países se identificó habitualmente con la expansión del marxismo sobre el planeta y la detención de esta tendencia como una batalla contra el marxismo

que amenazaba las (ambiguas) libertades del mundo capitalista. Este tipo de marxismo y antimarxismo no tenía nada que ver con la lucha entre capital y trabajo tal y como fue entendida por Marx y el movimiento obrero en sus inicios.

Bajo esta forma corriente, el marxismo fue más un movimiento regional que internacional, como lo demuestra su precaria incidencia en los países anglosajones. El renacimiento de los partidos marxistas durante la posguerra afectó solamente a países que afrontaban particulares dificultades económicas, como Francia e Italia. La partición de Alemania, así como su ocupación, excluía la reorganización de un partido de masas comunista en la zona oeste. Los partidos socialistas, finalmente, repudiaron su propio pasado, aún teñido con ideas marxistas, para convertirse en partidos burgueses o «populares» en defensa del capitalismo democrático. Los partidos comunistas continuaron existiendo a lo largo de todo el mundo, legal o ilegalmente, pero sus posibilidades de influir en los acontecimientos políticos son casi nulas en el presente y en un futuro previsible. El marxismo, en tanto movimiento revolucionario de trabajadores, se encuentra en la actualidad en el punto más bajo de su reflujo histórico.

Lo más asombroso, empero, es el eco sin precedentes que el marxismo teórico encuentra en el mundo capitalista. Este renovado interés en el marxismo en general y en la «economía marxista» en particular, pertenece casi exclusivamente al mundo académico, que es fundamentalmente el mundo de la clase media. Existe un enorme caudal de literatura marxiana; la «marxología» se ha convertido en una nueva profesión y existen ramas marxistas de economía, historia, filosofía, sociología, psicología y otras especialidades en versión «radical». Todo esto podría no ser más que fruslerías intelectuales, pero, incluso en este caso, sería un testimonio del estado crepuscular de la sociedad capitalista actual y de su pérdida de confianza en el porvenir. Mientras que en el pasado la progresiva integración del movimiento obrero en la trama capitalista comportaba la adaptación de la teoría socialista a las realidades de un capitalismo en expansión, en la actualidad este proceso parece invertirse a través de los intentos de utilizar los hallazgos del marxismo con fines capitalistas. Este doble intento por reconciliar, por superar, en parte al menos, el antagonismo existente entre las teorías marxiana y burguesa, delata una crisis tanto del marxismo como de la sociedad burguesa.

Aunque el marxismo abordaba la sociedad en todos sus aspectos, se centró en la crítica de las relaciones sociales de producción en tanto fundamento del conjunto del sistema capitalista. De acuerdo con la concepción materialista de la historia, dirigió su interés hacia el aspecto económico y, por tanto, hacia las

condiciones sociales del desarrollo capitalista. Mientras que la concepción materialista de la historia ha sido frecuentemente plagiada por la ciencia social burguesa, su aplicación al sistema capitalista permaneció prácticamente sin aprovechar hasta muy recientemente. Es el desarrollo del capital mismo el que ha forzado a la teoría económica burguesa a tener en cuenta la dinámica del sistema capitalista y a imitar, de alguna manera, la teoría marxiana de la acumulación y sus consecuencias.

Debemos recordar aquí que la degradación del marxismo de una teoría revolucionaria en una teoría evolucionista –en lo que se refiere al plano teórico– giró en torno a la cuestión de aceptar o rechazar la teoría de la acumulación de Marx, como una teoría que implicaba la necesidad objetiva del colapso del sistema capitalista. El sector reformista del movimiento obrero afirmaba que no existían razones objetivas que avalasen el declive y la posibilidad de destrucción del sistema capitalista, mientras que la minoría revolucionaria mantuvo la convicción de que las inmanentes contradicciones del capitalismo le orientan hacia su final inevitable. Que esta convicción se fundase en el análisis de las contradicciones en la esfera de la producción o de la circulación, lo verdaderamente relevante para la corriente izquierdista del marxismo era su insistencia en la posibilidad real de un eventual colapso del capitalismo, puesto de manifiesto en los períodos de crisis de efectos cada vez más devastadores, lo cual entrañaría para el proletariado una disposición subjetiva para acabar con el sistema con medios revolucionarios.

El rechazo por parte del reformismo de unos límites objetivos al sistema capitalista, supuso igualmente un cambio en el objeto de su atención en el sentido de centrar sus preocupaciones en la esfera de la distribución, en detrimento de la esfera de la producción, escamoteando de esta forma las relaciones sociales de producción tras las relaciones de mercado, que son el único aspecto que la teoría económica burguesa considera. Las perturbaciones del capitalismo fueron consideradas, en adelante, como provenientes de los desajustes en las relaciones de oferta y demanda, que provocaban, fortuitamente, períodos de sobreproducción debidos al descenso en la demanda efectiva que unos salarios injustificablemente bajos determinaba. Toda la problemática relativa a la economía fue reducida a la cuestión de un más equitativo reparto del producto social, que contribuiría a eliminar las fricciones dentro del propio sistema. Se vio, entonces, que la economía burguesa era más apropiada en la práctica que el planteamiento de Marx; por eso, el marxismo debía hacer uso de la teoría habitual del mercado y de los precios para ser capaz de jugar un papel más efectivo en la estructuración de la política social.

Se arguyó que había leyes económicas vigentes en todas las sociedades y que no eran abordables por la crítica marxiana. La crítica de la economía política vio reducidos sus objetivos y centró toda su atención en las meras formas institucionales bajo las cuales las eternas leyes económicas se representaban. Así, cambiar el sistema no supondría cambiar las leyes económicas. Aunque había diferencias entre los planteamientos de Marx y de los pensadores burgueses respecto a la economía, existían similitudes que ambos debían reconocer. La perpetuación de la relación capital-trabajo, o sea, del trabajo asalariado, en las autodenominadas sociedades socialistas, su acumulación de capital social y la aplicación del denominado sistema de incentivos que divide a la fuerza de trabajo en varias categorías de salario, así como otras medidas, fueron consideradas como necesidades ineludibles impuestas por las leyes económicas. Además, estas leyes requerían la aplicación de instrumentos de análisis propios de la economía burguesa que permitiesen la construcción racional de una economía socialista planificada.

Este tipo de marxismo «enriquecido» por la teoría burguesa, encontró pronto su complemento en el intento de modernización de la teoría económica burguesa. Esta teoría ha estado en crisis incluso desde la Gran Depresión que siguió a la primera guerra mundial. La teoría del equilibrio del mercado no podía explicar ni justificar la situación de depresión prolongada por lo que perdió su valor ideológico para la burguesía. Sin embargo, la teoría neoclásica encontró una especie de resurrección bajo la forma de su modificación keynesiana. Aunque se hizo necesario reconocer que el mecanismo de equilibrio del sistema de mercado y de precios ya no funcionaba, se arguyó entonces que se le devolvería su eficacia con una pequeña ayuda gubernamental. El desequilibrio ocasionado por la demanda insuficiente sería corregido por una producción inducida por el estado para el «consumo público» no sólo en el caso de condiciones de estancamiento, sino igualmente en el de crecimiento económico, a condición de que sea compensado por los medios monetarios y fiscales apropiados. Con ello, la economía de mercado, ayudada por la planificación estatal, pondría fin a la tendencia del capitalismo a generar crisis y recesiones y garantizaría un crecimiento constante de la producción.

La utilización del recurso que representaba la producción inducida por el estado, que suponía la intervención consciente de éste en la economía, así como la atención prestada a los elementos dinámicos del sistema, atenuaron las discrepancias en que se cifraba la oposición entre la ideología del «laissez faire» y la de las economías planificadas. Lo que se correspondió con una evidente convergencia entre los

dos sistemas, influyéndose mutuamente, tendiendo, quizás, a la combinación de los elementos aprovechables de ambos en una futura síntesis que hiciera posible la superación de las dificultades de la producción capitalista. De hecho, el prolongado impulso económico que siguió a la segunda guerra mundial parecía sustentar tales expectativas. Sin embargo, a pesar de las continuas intervenciones del estado, una nueva crisis se desató a continuación de este período expansivo, como siempre había ocurrido en el pasado. La habilidad desplegada en la utilización de los más sutiles mecanismos económicos tendentes a mantener un frágil equilibrio entre inflación y desempleo no pudo evitar un nuevo declive económico. La crisis y los medios puestos en práctica para afrontarla han resultado ser idénticamente perjudiciales para el capital. La crisis presente supone, pues, la bancarrota del neokeynesianismo del mismo modo que la gran depresión de 1929 significó el final de la teoría neoclásica.

Además de que la presente situación de crisis ponga de manifiesto el dilema en que se debate la teoría económica burguesa, su creciente empobrecimiento, vinculado a una formalización cada vez mayor, arroja numerosos interrogantes a la hora de adoptar una resolución por parte de los economistas académicos. El actual cuestionamiento de casi todas las aseveraciones de la teoría neoclásica y de su corolario keynesiano, ha llevado a algunos economistas —muy justamente llamados neoricardianos— por la vía de retorno hacia la economía clásica. Marx mismo es considerado como un economista ricardiano; por ello, pasa a gozar de una situación privilegiada entre los economistas burgueses que intentan así integrar el «trabajo de pionero» de Marx en su propia especialidad: la ciencia económica.

Sin embargo, el marxismo no significa ni más ni menos que la destrucción del capitalismo. Ni siquiera considerando al marxismo como una disciplina académica puede aportar nada a la burguesía. No obstante, en la medida que el marxismo se presenta como una alternativa a una teoría económica burguesa desacreditada, puede contribuir al rejuvenecimiento de esta última mediante algunas sugerencias útiles. Después de todo, siempre se aprende de los enemigos. Además, en su forma aparentemente «realizada» en los «países socialistas», el marxismo sugiere soluciones prácticas que pueden ser utilizables en las economías mixtas, con el fin de lograr una mayor estabilización a través de la acción reguladora del estado. O también, por ejemplo, mediante una política de precios y salarios similar a la practicada en los sistemas económicos de control centralizado perseguir los mismos fines en los sistemas de capitalismo privado. De cualquier modo, en fin, y a falta de un movimiento revolucionario, la

investigación marxiana de tipo académico carece de peligro ya que queda limitada al mundo de las ideas. Por extraño que parezca, es la ausencia de movimientos revolucionarios en un período de convulsión social lo que hace del marxismo una mercancía comercializable y un fenómeno cultural que avala la tolerancia y la honestidad democrática de la sociedad burguesa.

La rápida popularidad de la teoría marxiana no deja de reflejar, a pesar de todo, un estado de crisis ideológico y económico del capitalismo. Fundamentalmente esta popularidad afecta a aquellos responsables de la elaboración y distribución de las ideologías; o sea, a los intelectuales de la clase media especializados en la teoría social. Su clase, en conjunto, puede sentirse en peligro por la evolución del sistema capitalista, con la consiguiente pérdida de su importancia social, y de este modo buscar sinceramente alternativas a un dilema social que es también el suyo propio. Los intelectuales, entonces, pueden obrar por motivos que, aunque oportunistas, se revisten de una actitud crítica hacia el sistema dominante. En este sentido, el actual «renacimiento del marxismo» podría prefigurar una vuelta al marxismo como un movimiento social de importancia a la vez teórica y práctica.

Por el momento, sin embargo, no hay nada que indique una reacción revolucionaria a la crisis capitalista. Si distinguésemos entre la «izquierda objetiva» de la sociedad —o sea, el proletariado— y la izquierda organizada, entonces es sólo en Francia y en Italia donde podríamos hablar de fuerzas organizadas capaces de desafiar la dominación capitalista; en el supuesto caso de que tuviesen tales intenciones. Sin embargo, los partidos comunistas y los sindicatos de esos países hace mucho que se transformaron en meros partidos reformistas, acomodados al sistema capitalista y dispuestos a defenderlo. El hecho mismo de que gocen de gran influencia entre los trabajadores demuestra que estos no están ni preparados ni dispuestos a derribar el sistema capitalista y que, más bien, su deseo inmediato se cifra en encontrar acomodo dentro de éste. Es, precisamente, la ilusión de los trabajadores en la posibilidad de reforma del capitalismo lo que da base a la política oportunista de los partidos comunistas.

Con el contradictorio término del «Eurocomunismo», los partidos comunistas europeos intentan desligar sus actuales actitudes políticas de las de su pasado; es decir, hacer ver que su tradicional objetivo, aunque hace tiempo olvidado, de instaurar un sistema de capitalismo de estado ha sido definitivamente abandonado en favor del sistema de economía mixta y la democracia burguesa. Esta es la natural contrapartida de la integración de los «países

socialistas» en el mercado mundial capitalista. Pero es también una forma de ganar credibilidad para adquirir responsabilidades mayores en los países capitalistas y en sus gobiernos a la vez que una demostración de su renuncia a romper con la limitada cooperación conseguida dentro de los estados europeos. Ahora bien, esto no significa una ruptura con el bloque de países de capitalismo de estado, sino, simplemente, el reconocimiento de que esta parte del mundo está actualmente interesada en restringir la extensión de su sistema capitalista de estado por vías revolucionarias ya que son sus intereses de obtener su propia seguridad los que prevalecen, frente a cualquier otros, en un mundo cada vez más inestable.

Aunque en un estadio de desarrollo como el actual la posibilidad de revoluciones socialistas es más que dudosa, todas las acciones de la clase obrera en defensa de sus propios intereses entrañan un potencial carácter revolucionario. En períodos de relativa estabilidad económica la lucha de los trabajadores estimula la acumulación de capital, forzando a la burguesía a adoptar métodos de producción más eficientes que incrementen la productividad del trabajo. Los salarios y los beneficios pueden, como se ha señalado, crecer conjuntamente sin perturbar la expansión del capital. Pero el período de depresión acarrea el final de la simultánea (aunque desigual) escalada de beneficios y salarios. La rentabilidad del capital debe ser restaurada antes de que el proceso de acumulación pueda ser relanzado. La lucha entre el capital y el trabajo afecta, entonces, la existencia real del sistema, puesto que este se funda en la expansión continua. Objetivamente, las luchas económicas cotidianas en pos de más altos salarios adquiere implicaciones revolucionarias y dimensiones políticas puesto que una clase sólo puede salir adelante a costa de otra.

Desde luego, los trabajadores podrían estar dispuestos a aceptar, dentro de unos límites, una proporción decreciente del producto social, si esto contribuyese a evitar los inconvenientes de las confrontaciones con la burguesía y su estado. Pero avalada por experiencias anteriores, la clase dominante espera movimientos revolucionarios por lo cual se ha armado convenientemente. Ahora bien, el apoyo a las grandes organizaciones sindicales es, igualmente, necesario para prevenir rebeliones sociales de largo alcance. Por ello, dado que un período de depresión prolongado amenaza al sistema capitalista, es esencial para los partidos comunistas, así como para las demás organizaciones reformistas, ayudar a la burguesía a superar sus condiciones de crisis. Aquéllos deben intentar impedir que las acciones de la clase obrera retrasen la recuperación capitalista. Sus políticas oportunistas cobran, así, un carácter abiertamente contra-revolucionario desde el momento en que el

sistema se ve amenazado por las reivindicaciones de la clase obrera que ya no pueden ser satisfechas en unas condiciones de estancamiento capitalista.

Aunque las economías mixtas no estén dispuestas a transformarse de buenas a primeras en sistemas capitalistas de estado y los partidos de izquierda hayan abandonado, por el momento, este objetivo, no son estas garantías suficientes para impedir sublevaciones sociales cuya magnitud desbordaría el control político ejercido por la burguesía y sus aliados dentro del movimiento obrero. Si tal situación se diese en la realidad, la habitual identificación del socialismo con el capitalismo de estado, así como la forzada reaparición en los partidos comunistas de las tácticas del bolchevismo, podría suponer que la sublevación espontánea de los trabajadores se canalizase por los derroteros del capitalismo de estado. Del mismo modo que las tradiciones de la socialdemocracia en Europa Central impidió que la revolución política de 1918 se convirtiera en una revolución social, la influencia de la tradición del Leninismo podría impedir la realización del socialismo en favor del capitalismo de estado.

La introducción del Capitalismo de Estado en los países capitalistas desarrollados, a resultas de la segunda guerra mundial, demostró que este sistema no tiene por qué adscribirse a los países subdesarrollados, sino que puede ser aplicado en cualquier parte. Tal eventualidad no fue prevista por Marx. Para éste, el capitalismo sería reemplazado por el socialismo y no por un sistema híbrido conteniendo elementos de ambos dentro de unas relaciones de producción capitalistas. El final de la economía de mercado de libre competencia no significa necesariamente el final de la explotación capitalista, que puede ser llevada a cabo mediante un sistema de planificación estatal. Esta es una situación históricamente inédita que apuntaría la posibilidad de un desarrollo caracterizado en términos generales por el monopolio estatal de los medios de producción, no como un periodo de transición al socialismo, sino como una nueva forma de producción capitalista.

Las acciones revolucionarias suponen una convulsión general de la sociedad que escapa al control de la clase dominante. Hasta ahora, tales acciones solamente han ocurrido en conexión con catástrofes sociales surgidas por la pérdida de guerras y los desajustes económicos que ello acarrea. Ahora bien, esto no quiere decir que tales situaciones sean condiciones inexcusables para una revolución, tan sólo llama la atención acerca del grado de desintegración social necesario para suscitar sublevaciones sociales. El proceso revolucionario ha de involucrar a una mayoría de la población activa que no se ve impulsada a la acción por el adoctrinamiento ideológico sino por la estricta necesidad. Las acciones realizadas por

aquella crean su propia conciencia revolucionaria; o sea, le permite comprender lo que es necesario hacer para no ser aniquilada por el enemigo capitalista. Pero por el momento el poder político y militar de la burguesía no se encuentra amenazado por disensiones internas y los mecanismos que permiten la manipulación económica no están agotados. Además, a pesar de la cada vez más aguda competencia internacional en el marco de la economía mundial cuyos beneficios se encogen, las clases dominantes de las diferentes naciones se apoyan unas a otras cuando se trata de ahogar los movimientos revolucionarios.

Las enormes dificultades que entrañan el proceso de revolución social y la reconstrucción comunista de la sociedad, han sido lamentablemente subestimadas por el movimiento marxista en sus comienzos. Desde luego, la resistencia capitalista y su adaptabilidad a las condiciones cambiantes no podía ser sospechada antes de haber intentado destruirlo. En cualquier caso, de lo que no cabe duda en la actualidad es de que las formas que adoptó la lucha de clases durante la fase ascendente del capitalismo ya no se adecuan a las necesidades de la lucha proletaria en la fase del capitalismo descendente, el cual sólo deja lugar a su derrocamiento por la vía revolucionaria. Por otro lado, la existencia de los sistemas de capitalismo de estado viene a corroborar la demostración de que el socialismo no puede ser realizado por medio de las alternativas que se consideraron adecuadas en el pasado. Ahora bien, esto no demuestra el fracaso del marxismo, sino simplemente el carácter ilusorio de muchas de sus manifestaciones que eran reflejo de las ilusiones creadas por el desarrollo del capitalismo mismo.

Hoy, como ayer, el análisis marxiano de la producción capitalista y del carácter contradictorio de su evolución a través del proceso de acumulación es la única teoría que ha sido empíricamente confirmada por el propio desarrollo capitalista. Esta es la razón por la cual el marxismo puede desaparecer en tanto el capitalismo subsista. Aunque notablemente modificadas, las contradicciones inherentes al proceso de producción capitalista persisten en los sistemas de capitalismo de estado. Puesto que las relaciones económicas comportan relaciones de clase, el mantenimiento de las relaciones de clase en aquellos sistemas implica, igualmente, la persistencia de la lucha de clases, aunque esta no se manifieste, en un principio, más que bajo la forma unilateral del régimen autoritario. La inevitable y creciente integración de la economía mundial afecta a todos los países independientemente de su particular estructura socioeconómica y tiende a internacionalizar la lucha de clases, razón por la cual condena al fracaso cualquier intento de hallar una solución nacional a los problemas

sociales. Así pues, tanto como perdure la explotación de clase perdurará la oposición marxiana, incluso en el caso de que toda la teoría marxiana fuese suprimida o utilizada como una falsa conciencia (ideología) para legitimar una práctica antimarxiana.

La historia, sin duda, la hace la gente por medio de la lucha de clases. El declive del capitalismo —que se hace patente, por una parte, por la continua concentración de capital y la consiguiente centralización del poder político y, por otra, por la creciente anarquía del sistema a pesar, o más bien a causa de, todos los intentos por conseguir una más eficiente organización social— podría muy bien ir para largo. Tal será el caso, a menos que, por parte de la clase obrera y de todos aquellos incapaces de asegurar sus existencias, dentro de unas condiciones sociales en franco deterioro, no se desencadenen acciones revolucionarias que pongan fin a este estado de cosas. Pero ante esta eventualidad, el futuro del marxismo se presenta extremadamente vago. La ventaja que detenta la clase dominante con sus medios de represión ha de ser neutralizada por una fuerza mayor de la que la clase obrera ha sido capaz de generar hasta ahora. Es muy posible que la presente situación perdure; entonces, el proletariado se verá condenado a condiciones cada vez más penosas debido a su incapacidad para intervenir en función de sus propios intereses de clase. Por otro lado, no se debe olvidar el hecho de que la perpetuación del capitalismo podría conducir a la destrucción de la sociedad misma. En la medida que el capitalismo se ve amenazado por períodos de crisis catastróficas, los países tenderán, como hicieron en el pasado, a recurrir a la guerra, como una posibilidad de erradicar sus propias dificultades a expensas de otras potencias capitalistas. Esta tendencia incluye la posibilidad de una guerra atómica, y tal como están las cosas, la guerra parece mucho más probable que una revolución socialista. Aunque las clases dominantes de los diversos países son perfectamente conscientes de las consecuencias de una guerra atómica, no pueden intentar evitarla más que por medio de un equilibrio del terror, es decir, a través de la competencia en la expansión del arsenal atómico. Puesto que aquéllas sólo tienen un limitado control sobre sus economías, carecen de un control real sobre sus asuntos políticos y su previsible intención de evitar la destrucción mutua no afecta fundamentalmente a la probabilidad de que se produzca. Esta terrorífica situación ha arruinado la confianza de otra época en una probable y exitosa revolución socialista.

Dado que el futuro queda abierto, aunque determinado por el pasado y por las presentes condiciones, los marxistas han de asumir necesariamente la realidad en el sentido de que el

camino hacia el socialismo no está truncado y que aún existe una posibilidad de abatir el capitalismo antes de que nos lleve por delante en su autodestrucción. El Socialismo aparece, en la actualidad, no solamente como el objetivo del movimiento obrero revolucionario, sino como la única alternativa ante una total o parcial destrucción del mundo. Pero tal alternativa requeriría, sin duda, la emergencia de movimientos socialistas que reconociesen en las relaciones de producción capitalista la causa de la creciente miseria social y la amenaza de la degradación hacia un estado de barbarie. Sin embargo, después de más de cien años de agitación socialista, el Socialismo parece una débil esperanza. Lo que una generación aprende, otra lo olvida, dirigidas como están por las fuerzas que se escapan a su control y, por tanto, a su comprensión. Las contradicciones del capitalismo, en tanto sistema de intereses privados determinados por necesidades sociales, no son solamente interiorizadas por la mentalidad capitalista, sino que permeabilizan igualmente la conciencia del proletariado. Ambas clases se comportan frente a los resultados de su actividad como si se debiesen a leyes naturales inalterables. Sometidos al fetichismo que rodea a la producción de mercancías, conciben el modo de producción capitalista no como históricamente determinado, sino como un modo de producción eterno al que es necesario adaptarse. Como esta errónea visión contribuye a asegurar la explotación capitalista del trabajo asalariado, es patrocinada por los capitalistas como ideología de la sociedad burguesa a la vez que inculcada al proletariado.

Las condiciones de producción social capitalista fuerzan a la clase obrera a aceptar su explotación como único medio de asegurar su supervivencia. Las necesidades inmediatas del trabajador sólo pueden ser satisfechas mediante la sumisión a aquellas condiciones y a la ideología dominante que las expresa. Generalmente, el trabajador acepta la ideología y las necesidades como representación del mundo real al que no se puede desafiar si no es con el riesgo de la propia vida. Si el trabajador se desliga de la ideología burguesa, ello no mixtificará en nada su situación real en la sociedad y, en el mejor de los casos, no pasará de ser un lujo que se le ofrece en su condición de dependencia. Cualquiera que sea el grado de emancipación ideológica del trabajador respecto a la ideología burguesa, en la práctica se verá obligado a obrar como si continuase sometido a los dictámenes de aquélla. Su pensamiento y su práctica son forzosamente contradictorios. Podrá darse cuenta de que sus necesidades individuales solamente pueden ser satisfechas por medio de acciones colectivas de clase, pero se verá forzado a abordar sus necesidades inmediatas como un mero individuo. La doble naturaleza del capitalismo, que se cifra en el hecho de

ser un medio de producción social en función del beneficio privado, reaparece así en la ambigüedad de la posición del trabajador que es a la vez individuo y miembro de una clase social.

Es esta situación, más que cualquier otra limitación para superar la ideología capitalista, la que hace a los trabajadores reacios a expresarse y actuar en virtud de actitudes anticapitalistas acordes con su condición social de asalariados. Éstos son perfectamente conscientes de su status de clase, incluso aunque ignoren sus implicaciones o las nieguen, pero son conscientes también del enorme poder que los subyuga y que amenaza con masacrarlos si se atreven a poner en cuestión las relaciones de clase capitalistas. Es por esta razón, igualmente, que los trabajadores eligen métodos reformistas antes que revolucionarios cuando pretenden arrancar algunas concesiones a la burguesía. Su falta de conciencia revolucionaria no expresa ni más ni menos que las actuales relaciones sociales de poder que no pueden cambiarse a voluntad. El prudente «realismo» —o sea, el reconocimiento y aceptación del limitado margen de intervención que se concede a los trabajadores— determina su pensamiento y práctica en el sentido de encontrar su justificación en la prepotencia del capital.

A menos de que sea acompañado por la acción revolucionaria de la clase obrera, el marxismo, en la medida que representa un instrumento de comprensión teórica del capitalismo, no pasaría de ser eso: un principio de intelección del capitalismo que no rompe con éste. Si el marxismo no es la teoría de una práctica social actual que sea capaz de transformar el mundo, entonces funciona como una ideología que anticipa esa práctica probable. Su interpretación de la realidad, aunque sea correcta, no influirá de manera apreciable en la transformación de las condiciones inmediatas. Se limitará a describir las condiciones en que se encuentra el proletariado, dejando abierta la posibilidad de su modificación en base a las futuras acciones de los trabajadores mismos. No obstante, las condiciones reales en que se encuentran los trabajadores los somete al dominio del capital y, en el mejor caso, a una importante oposición especialmente ideológica. La lucha de clases de los trabajadores en la fase ascendente del capitalismo fortaleció a su oponente a la vez que mermó su propia beligerancia. El marxismo revolucionario no es una teoría de la lucha de clases en sí, sino una teoría de la

lucha de clases en las condiciones específicas del capitalismo descendente. No puede adquirir relevancia en condiciones de «normalidad» de la producción capitalista, sino que ha de esperar a su desintegración. Es entonces cuando el prudente «realismo» de los trabajadores deja de ser una actitud «realista» y las posibilidades de reforma devienen una utopía; porque la burguesía ya no es capaz de mantenerse por más tiempo si no es a través del continuo empeoramiento de las condiciones de vida del proletariado, cuando las rebeldías espontáneas pueden derivar en acciones revolucionarias con una eficacia suficiente como para abatir el régimen capitalista.

Hasta ahora, la historia del marxismo revolucionario ha sido la historia de sus derrotas, entre las cuales cabe incluir los aparentes éxitos que dieron lugar a la emergencia de los sistemas capitalistas de estado. Parece claro que el marxismo de los primeros tiempos infravaloró la resistencia del capitalismo, pero, además, como consecuencia de ello, sobreestimó el poder de la ideología marxiana para influir en la experiencia del proletariado. El proceso de cambio en la historia, aunque acelerado por la dinámica del capitalismo, es extremadamente lento, particularmente cuando se compara con la vida humana. Pero la historia del fracaso es también la de las ilusiones abandonadas y la de las experiencias adquiridas, sino en el plano individual, sí al menos para la clase. No hay ninguna razón que demuestre que el proletariado no pueda aprender de su experiencia. De cualquier modo, al margen incluso de estas consideraciones, el proletariado se verá obligado por las circunstancias a encontrar un medio de asegurar su existencia fuera del capitalismo, cuando ya no sea posible encontrarlo dentro. Aunque las condiciones particulares de una situación así no pueden ser determinadas de antemano, una cosa es clara fundamentalmente: que la liberación de la clase obrera de la dominación capitalista no puede ser llevada a cabo más que por la propia iniciativa de los trabajadores y que el socialismo sólo puede ser realizado a través de la abolición de las clases en la sociedad partiendo de la supresión de las relaciones de producción capitalistas. La realización de este objetivo será a la vez la verificación de la teoría marxiana y el final del marxismo.

Paul Mattick. Noviembre 1978

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE PAUL MATTICK (1904-1981)

1904 Nace en Pomerania (en la desembocadura alemana del Oder), aunque desde la infancia se traslada a Berlín, donde vive en ambientes proletarios.

1918 Al finalizar la 1ª Guerra Mundial es miembro de la organización espartaquista «Juventudes Libres Socialistas» y delegado de los aprendices en el Consejo Obrero de Siemens. Participa en numerosas acciones revolucionarias.

1919 Se inscribe en el Partido Comunista Obrero de Alemania, conocido por sus siglas KAPD, donde trabaja en la rama juvenil Rote Jugend. Fija su residencia en Colonia y establece íntimo contacto con artistas y escritores de la Unión General de los Obreros-Organización Unificada (en alemán, AAU-E). Escribe numerosas colaboraciones en la prensa radical de izquierdas.

1926 Emigra a Estados Unidos. Período de aislamiento debido a las dificultades de adaptación en medio anglosajón. Lee *La ley de la acumulación y del derrumbamiento del sistema capitalista* de Henryk Grossman, desde su aparición en 1929, que le impresiona vivamente porque sitúa en el centro del debate socialista la teoría de la acumulación capitalista. Se instala en Chicago donde entra en contacto con los ‘wooblies’, denominación con la que se conocían popularmente los sindicalistas revolucionarios.

1930 Durante la década de los treinta, Mattick

desarrolla una intensa actividad tanto entre los grupos obreros alemanes emigrados a Estados Unidos como entre los sectores americanos revolucionarios. De hecho, a partir de este momento escribe casi exclusivamente en inglés. Trabaja en un estudio sobre el movimiento de los parados en Estados Unidos, que quedará inédito hasta 1969. Analiza muy de cerca la dinámica del capitalismo americano para superar la crisis económica en una perspectiva keynesiana.

1950 Después de la II Guerra Mundial, en un momento de total inactividad política por parte de la izquierda americana perseguida por el maccarthismo, Mattick se traslada al campo, en el Estado de Vermont, cerca de la frontera canadiense. Período de profunda reflexión sobre las limitaciones del keynesianismo que explica en su libro *Marx y Keynes*. También lee atentamente la obra de Marcuse y critica su teoría del «hombre unidimensional», como producto de la ideología dominante pese a su aparente radicalidad.

1981 Muere en Cambridge (Massachussets), ciudad donde se había instalado desde los años sesenta. Los últimos años de su vida fueron los de un intelectual fiel a la línea marxiana y revolucionaria por encima de los sectarismos y de la vanidad personal, pese a que su presencia fue cada día más solicitada en las universidades más progresistas del mundo (Roskilde, en Dinamarca; París, Méjico, etc.). ♦

El reformismo presupone que el Capitalismo puede reformarse. Mientras éste sea así, la esencia revolucionaria de la clase obrera continuará latente. La clase obrera dejará de tener conciencia de su situación de clase, e identificará sus aspiraciones con las de la clase dominante. Sin embargo, un día, la supervivencia del Capitalismo dependerá de un «reformismo al revés»; el sistema se verá obligado a recrear las condiciones que condujeron al desarrollo de la conciencia de clase y a la perspectiva de una revolución proletaria. Cuando este día llegue, el nuevo Capitalismo se parecerá al antiguo, y se encontrará de nuevo, en otras condiciones, ante la vieja lucha de clases.

Paul Mattick, 1968

ACUMULACIÓN DE CAPITAL Y TEORÍA MARXIANA DE LA CRISIS

Uno de los aspectos cruciales de la polémica suscitada en torno a la teoría marxiana del valor, se centra en el cuestionamiento de la aserción, por parte de los detractores de aquélla, según la cual el capital en su conjunto presenta la inherente contradictoriedad consistente en la tendencia a caer de la tasa de beneficio, como Marx expone en su libro III^o de *El Capital*. Llegado a un cierto punto en que el ritmo y magnitud de la acumulación de capital se encuentra por debajo de los mínimos óptimos para proseguir el proceso de valorización (situación de crisis), el restablecimiento de una tasa de acumulación de capital acorde con las necesidades de reactivación del proceso productivo, comporta entre otras medidas (contratendencias), el incremento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo (tasa de plusvalía), única fuente de valor, en función de cuya explotabilidad está toda «reestructuración» capitalista en tiempo de crisis, arrojando como resultado un incremento en la composición orgánica de capital (COC), debida a la tendencia creciente a la sustitución del trabajo vivo (fuerza de trabajo, capital variable) por el trabajo muerto (capital fijo). Todo lo cual viene a significar, a fin de cuentas, una reproducción ampliada de las condiciones de crisis ya que la tasa de beneficio expresa una proporcionalidad entre la masa de plusvalía producida y el capital valor total comprometido en la producción de esa masa de plusvalía. Es decir, que las contratendencias a la caída de la tasa de beneficio y que vienen a remitir o conjurar las condiciones de crisis, a lo que contribuyen, en realidad, es a perpetuar el carácter crítico del capitalismo.

Así pues, la definición marxiana de la caída de la tasa de beneficio se encuentra articulada en una argumentación con un conjunto de categorías (COC, capital variable, fuerza de trabajo, plusvalía...) expresados en términos de valor cuya verificación empírica está vinculada a relaciones de clase (sociales) encubiertas por relaciones económicas (productivas) y no a proporcionalidades estrictamente cuantificables en los dígitos de las estadísticas. Por eso, la primera objeción que se nos presenta de parte de los detractores actuales del marxismo, es la que podríamos denominar, como de orden positivista. Es decir, aquella que se refiere a la mensurabilidad de la tasa de beneficio en términos de valor -y la consiguiente verificación de su tendencia a la caída o no-, y sus relaciones con las transformaciones

en la composición orgánica de capital (CTC). Ahora bien, puesto que Marx define la caída tendencial de la tasa de beneficio en relación a la COC, se nos vuelve a plantear a otro nivel el problema de la traducibilidad de una categoría, COC, expresada en términos de Valor a otra, CTC, determinada en relación a términos de precio. O sea, la expresión del Capital en tanto forma y quantum de Valor (Capital-dinero), antes que atendiendo a su esencialidad (Capital-valor), a su naturaleza de «trabajo socialmente necesario» (valor-trabajo).

Una vez más se hace necesario retrotraernos a lo apuntado en la primera parte de este trabajo, a propósito de los dos niveles de abstracción que la utilización de ambas categorías, (COC y CTC), comporta así, como al hecho de que la proporción cuantitativa que es a la que hace referencia la CTC supone una reducción respecto a la problemática expresada por la COC, la cual denota una consideración del capital en proceso, como relación social antes que como mera «técnica» de producción. Trascender la CTC supone, además, la posibilidad de trascender la Economía Política para desvelar, más allá de los «factores de producción» (Sraffa), la naturaleza real, social, del proceso productivo.

Asumir la noción marxiana de COC, en consecuencia, posibilita ir más allá de la economía política; o dicho de otro modo, fundamentar el Proceso de comprensión real del capital, (teorización), sobre la base de la Crítica desveladora de las relaciones sociales subyacentes al capital en proceso que es, asimismo, el posicionamiento de la teorización en el sentido del factor real de la producción, concretado en la subjetividad proletaria.

No obstante, el interés primordial que aquí nos ocupa estriba no tanto en hacer una profesión de fe marxiana, reafirmandonos en el análisis del capital en proceso con fidelidad a la letra de las páginas de *El Capital*, alineándonos con las huestes de los llamados fundamentalistas, como recuperar una perspectiva de análisis y crítica de la economía política de acuerdo con el actual grado de desarrollo del proletariado tomando como punto de partida la metodología marxiana, en la medida que se ajusta a la realidad cambiante/cambiada en la que nos encontramos. Consecuentemente, tal compromiso significa, como Karl Korsch señalara, superar toda tentación fetichizadora de la obra e «intenciones» del viejo barbudo de Tréveris, superar cualquier versión del marxismo...; pero asumir la superación de Marx es algo muy diferente de la renuncia

que de hecho representan las posiciones de algunas corrientes neo-marxistas en estos últimos años comprometidas en conciliar los planteamientos de Piero Sraffa con un Marx «expurgado» de las «abstracciones» deudoras de Hegel. También respecto a estos (neoricardianos) queremos marcar nuestras distancias por cuanto su presunta crítica de Marx entraña de mistificación de la lucha de clases.

Participamos de la necesidad de una crítica de Marx y el desarrollo que a lo largo de la historia ha tenido su pensamiento (el marxismo) a la luz del actual grado de desarrollo de la lucha de clases y el proletariado; aunque, en realidad, sólo pretendamos continuar con la tarea, en este sentido emprendida por la izquierda germano-holandesa en el seno de la IIIª Internacional en los años veinte. Precisamente por ello, esta perspectiva de (auto) crítica permanente respecto a las aserciones marxianas nos permite apreciar en su justa dimensión las limitaciones teóricas de Marx, detectables en su obra y práctica política. Sin embargo, esta actitud dista mucho de la abjuración, simple y llana, no ya de Marx sino de su significación histórica en tanto síntesis teórica de la realidad del capital en proceso, por encima de las vicisitudes concretas de cualquier fase coyuntural del desenvolvimiento histórico de aquél. Si rompemos una lanza en favor de Marx, frente al liquidacionismo generalizado, lo hacemos en la medida que la verificación empírica de sus hipótesis teóricas toman cuerpo de realidad en la actualidad de la crisis, y nos sirven de apoyatura para la formulación actualizada de la constante histórica que representa el antagonismo Capital/Proletariado.

En resumen, hacemos nuestra la síntesis teórica marxiana por cuanto comporta de expresión de la intelección práctica que el proletariado efectúa del capital en proceso (lucha de clases). E igualmente, si afirmamos su vigencia a pesar del tiempo transcurrido desde su formulación en el siglo XIX, por pura hipostatización de las categorías marxianas fuera de la temporalidad de la historia, sino porque la crítica marxiana de la economía política partiendo, precisamente, del reconocimiento del carácter dinámico, mutante, del capital en proceso; o sea, atendiendo a las leyes que rigen su proceso, toma cuerpo en una teoría de la acumulación del capital en proceso. Es por eso mismo, que traemos a colación la teoría marxiana de la acumulación ampliada de capital (en tanto teoría de la crisis) y del papel que juega en ella la caída tendencial de la tasa de beneficio en este esbozo de (contra) crítica a las tesis neoricardianas.

Teoría marxiana de la acumulación de capital y teoría de la crisis

Composición Orgánica de Capital y Composición Técnica de Capital. La caída tendencial de la tasa de beneficio.

COC y CTC, son dos nociones que hacen referencia a dos proporcionalidades de distinto orden; siendo una, COC, la expresión formal de la otra, CTC. El hecho de que se asuma la COC en estrecha vinculación con la caída tendencial de la tasa de beneficio no es una mera arbitrariedad. La COC es proporcionalidad de tiempos de trabajo socialmente necesario: es una noción que considera el capital en proceso en tanto proceso de producción social denotando, en consecuencia, relación social. Así pues, cuando se habla de incremento de la COC se establece una referencia a una noción general que atiende a la tendencia general del capital en proceso antes que a las vicisitudes concretas de cada capital individual. Ya que, en efecto, —esta es una de las objeciones planteadas por los neoricardianos—, se puede dar una situación en la que la COC pueda aumentar sin que la tasa de beneficio caiga necesariamente; pero ello es posible sólo cuando nos referimos a un capital singular o a un sector determinado en la reestructuración. Ahora bien, si nos fijamos en el capital como totalidad, observamos la tendencia creciente a sustituir trabajo vivo por trabajo muerto, lo que se traduce en la CTC por un prevailecimiento cada vez más acusado de los factores técnicos de producción sobre los humanos.

El hecho de que el incremento de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo compense en cierta medida el incremento en la COC debido a la reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de los medios de producción y de la propia fuerza de trabajo, no viene sino a poner de manifiesto el carácter tendencial de la COC a incrementarse y de la tasa de beneficio a caer. O sea, su carácter de Tendencia: expresión de la contradicción inherente al capital en proceso cuya verificación real se ve condicionada por una serie de causas ralentizadoras de esta tendencia (las «contratendencias» de que habla Marx). De cualquier modo, la maximización de la tasa de explotación de la fuerza de trabajo, única posibilidad de proseguir la acumulación ampliada de capital, supone la reducción de igual manera, del trabajo socialmente necesario para la producción de cada unidad de mercancía, incluida la mercancía fuerza de trabajo (desvalorización). Individualmente se efectúa una desvalorización de la fuerza de trabajo de cada trabajador incurso en el proceso productivo y socialmente una desvalorización general de la fuerza de trabajo (depauperación) a la que el capital se ve imposibilitado de someter a su proceso (desempleo). Es esta imposibilidad manifiesta del capital en proceso por incorporar la fuerza de trabajo resultante de cada ciclo expansivo en la dinámica valorizadora, la expresión de su incapacidad histórica para resolver la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción.

Por lo demás, la crítica del capital en proceso, tomando como base la COC nos permite acceder a la complejidad de aquél en la articulación de su doble proceso:

producción y realización/circulación. Los seguidores de Sraffa ubicándose en la esfera de la circulación (el mercado) exclusivamente fragmentan la unidad dialéctica que el capital en proceso encarna para intentar recomponerla bajo la forma de una dualidad política en la lucha por la participación en la distribución del beneficio entre trabajo y capital.

La disyunción implícita a toda esta polémica entre relaciones de valor y relaciones de precios, así como la consideración subsiguiente del capital en la unilateralidad de la fase productiva o distributiva, encuentra una vía resolutoria redimensionando el capital, en tanto capital social, como totalidad dominante, resultado de la yuxtaposición competitiva de los capitales individuales. Así, al definir la tasa media de beneficio en relación al trabajo socialmente necesario, ni se elude la realidad de la competencia entre capitales individuales, ni mutilamos la doble articulación del capital en proceso, sino que asumimos ambos planos de referencia (los del valor y el precio) en lo que es su movimiento real ya que la «tasa media de ganancia no se puede deducir directamente de las relaciones de valor, sino que requiere la mediación de la competencia de capitales, aunque la competencia no pueda aumentar ni disminuir la plusvalía dada. Sólo puede influir en su distribución».

No cabe duda, por otra parte, que la tasa de beneficio se representa para el capitalista, como una noción de rentabilidad cuantificable en términos de capital-dinero acumulable una vez realizado el valor producido por la venta de las mercancías. Para la economía política, como para los neoricardianos, el problema es, pues, una cuestión de mercado, en el cual la sobreproducción simultaneada con una rentabilidad insuficiente del capital es sólo una disfunción regulable por las leyes del mercado; o sea, por la providencial intervención de la mano invisible de que hablaba A. Smith.

La caída generalizada de la tasa de beneficio se experimenta, como crisis de rentabilidad (Glynn y Suttcliffe), que incide negativamente en la acumulación del capital-dinero lo que, por otro lado, hace operativa la estrategia burguesa de negociación con los sindicatos centrada en torno a las reducciones salariales. Si los problemas del capital en crisis fueran de tan fácil solución, como aparentemente se presentan en el mercado, y en los tratados de economía, cabría pensar que la lucha de clases, una vez reducida al conflicto de intereses (en el razonamiento neoricardiano, reparto de la producción entre salarios y beneficios), sería susceptible de ser resuelta, o al menos regulada, dentro del contexto delimitado por el propio capital en proceso y de los recursos ligados a la economía política. Pero la realidad subyacente a las apariencias se resiste a las soluciones meramente formales. La problemática social vinculada al capital en proceso no es sólo una cuestión de distribución de la riqueza generada; sino también, y sobre todo, —porque es la base misma de la problemática

del reparto—, una cuestión referida al cómo se produce esa riqueza; o sea se hace insoslayable el tema de las relaciones (sociales) de producción.

Para la Economía Política, desde Ricardo, el problema del origen del beneficio no se plantea jamás, sino el de su distribución en la forma de excedente resultante del proceso productivo, como algo que viene «dado» y que no constituye problema, propiamente dicho. Sin embargo, toda la atención se desplaza hacia una distribución entre las clases, escamoteando el hecho fundamental de que la naturaleza, magnitud y distribución de cualquier excedente viene predeterminado por el «cómo» de su producción; es decir, que la forma de la distribución es ininteligible sin conocer la forma de la producción. De ahí, la naturaleza legitimadora e ideológica de la Economía Política.

La tasa de beneficio expresada en términos de valor; es decir, directamente relacionada con la COC, nos da la clave real de la naturaleza de la rentabilidad, al remitirnos a las relaciones de producción, a las relaciones sociales en el proceso de producción mismo. De este modo el capital en proceso aparece como la totalidad que realmente es, desdoblada en el doble proceso de producción y distribución, permeabilizadores de la formación social.

En consecuencia, la tendencia a caer de la tasa de beneficio, lo que una vez constatada a nivel general se presenta como crisis de rentabilidad, se hace expresión no de la fortuitud de cualquier coyuntura, sino de la contradictoriedad inherente al capital en proceso y, por ello, de la posibilidad de la crisis y de los límites históricos del capital mismo; aunque, como veremos, esto no tenga nada que ver con una concepción mecánico-fatalista del final del capitalismo (derrumbe).

Si nos atuviéramos a considerar la crisis (o sea la verificación de la tendencia a caer de la tasa de beneficio en la realidad de la caída que impide la acumulación), como un fenómeno derivado de la esfera de la circulación/distribución y dado que en tal situación de crisis se simultanea sobreproducción con pauperización (lo que llevó a algunos representantes de la economía política a la conclusión de que la crisis tenía su origen en el subconsumo, lo cual no era sino un curioso circunloquio para no decir nada), bastaría con dinamizar el mercado, estimulando la demanda por los medios que fueran, «construyendo pirámides», como tan exitosamente preconizara Keynes en el pasado; pero hemos visto, como estas mismas propuestas, encerradas al fin y al cabo en los vericuetos de la economía política, no se sustraen a la posibilidad de hallar ellas mismas sus limitaciones (véase la crítica de P. Mattick al keynesianismo). En realidad lo que se esconde tras toda la palabrería de los profesionales encargados de teorizar (legitimizar) la crisis es la necesidad de parte del Capital de lograr una suficiente desvalorización de la fuerza de trabajo; es decir, un incremento de la tasa de explotación

(plusvalía) que reduciendo el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción de las mercancías en una proporción adecuada inaugurase un nuevo ciclo de acumulación.

Si no fuese así, ¿qué significaría la constante preocupación de managers y gobernantes por elevar los índices de productividad como paliativo a la actual situación de crisis? A primera vista, puede parecer paradójico el llamamiento a producir «más y mejor» en un momento en que los mercados están colapsados y las fábricas paradas con los almacenes llenos de mercancías. Sin embargo, ¿a qué obedece, por otra parte, el especial interés por el sometimiento del trabajador y el control exhaustivo del proceso de trabajo en los sectores más avanzados de la reestructuración? (véase Braveman).

Aunque revestido de un lenguaje sociológico, como por otro lado debe ser en quien como Yoshi Tsumuri, es uno de los puntales ideológicos del «managerial system», en la actualidad, la esfera productiva atrae su atención cada vez en mayor medida. Así, aquél, en unas declaraciones al diario *La Stampa* (2.8.83), a propósito de la diferente productividad existente entre rusos y japoneses reseñaba que la favorable posición de estos últimos obedecía a una superioridad de tipo organizativo y de motivación de las relaciones sociales, de cómo canalizar el esfuerzo individual, de la utilización de los recursos. Más adelante, en este mismo artículo, el presidente de la asociación de managers japoneses confirma la prioridad de este interés cuando reconoce que «las escuelas se han equivocado completamente en los últimos años: han preparado dirigentes muy hábiles en las técnicas de gestión industrial y financiera y no han comprendido que el futuro del management radica sobre todo en la gestión de los hombres».

Sin duda, el fundamento real de la caída de la tasa de beneficio hay que buscarlo en los entresijos del proceso productivo, en la insuficiente desvalorización de la fuerza de trabajo que se concreta en resistencia obrera a los incrementos de productividad, el absentismo, el sabotaje, etc. La historia de estos años de crisis rampante es igualmente la historia de la resistencia no por sorda menos real de los trabajadores a los planes de reestructuración y desvalorización (empobrecimiento) de los trabajadores (a este respecto son ilustrativos los folletos de H. Simon sobre *La crisis social en Inglaterra*, su otra obra sobre Polonia; el texto de Ch. Reeve *Solidarité enchainée*, así como los recientes números de *Échanges*.)

Los esfuerzos por restablecer una tasa de beneficio favorable para relanzar la acumulación chocan con las contradicciones reales manifiestas en las relaciones sociales y superan la problemática de cualquier modelo teórico. La presente situación que nos toca vivir es ilustrativa de la verificación como realidad, y no ya como mera tendencia, de la caída generalizada de la tasa de beneficio. A pesar de que los sectores más automatizados

incrementen su COC, y su incremento en términos de CTC se vea compensado con una suficiente reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario de forma que la tasa de beneficio no descendiese en ese sector o empresa particular, sino que incluso se incrementase, como consecuencia de la falta de competitividad de los otros sectores o concurrentes en el mismo sector, el hecho incuestionable es que atendiendo al capital en su conjunto (capital social), la COC se incrementa, como consecuencia de la eliminación de empresas concurrentes que obligadas a cerrar dejan de intervenir en la formación de la tasa de beneficio promedio, con lo que alientan una aparente recuperación (incrementándola) de la tasa de beneficio. Se incrementa COC ya que el resultado de la reestructuración es reducción de la tasa de empleo, y la tasa de beneficio recomienza su tendencia a la caída entre los mismos sectores reestructurados. Es decir, aunque la masa de beneficio obtenida por el capital en general sea cada vez mayor, la tasa (media) de beneficio tiende inexcusablemente a caer y ello a pesar -y más bien en razón de-, de que algunos sectores del capital transnacional obtengan una alta tasa de beneficio en relación a sus inversiones. Obviamente la tasa de beneficio de las empresas más dinámicas de cada sector y de ciertos sectores en general (petroquímica, microelectrónica), se mantienen e incluso se incrementan en las actuales condiciones. Sin embargo, vemos que en lo tocante al capital total al conjunto de sectores del aparato productivo capitalista, algo no marcha..., «algo» entorpece la acumulación y hace persistir las condiciones de crisis.

En resumen, ateniéndonos al presente, ni los sectores más automatizados, hegemónicos de la reestructuración, son capaces de absorber la fuerza de trabajo que indirectamente arrojan al mercado laboral (desempleo), ni son lo suficientemente dinámicos en la generación de nuevos sectores productivos que diversificando el universo de la mercancía (generando nuevas necesidades, como se infería de los modelos keynesianos) incorporasen la fuerza de trabajo en la medida suficiente como para restablecer un punto de equilibrio en las formaciones sociales del capitalismo desarrollado, de forma tal que si bien no compatibilizasen, sí al menos atenuasen la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción.

La teoría marxiana de la crisis

La crítica marxiana del capital en proceso da como resultado una teoría de la crisis sustancialmente distinta de las elaboradas por la economía política; por eso mismo es una crítica de la economía política. En la teoría marxiana de la crisis, el sentido tendencial que adquiere la caída de la tasa de beneficio, denota no ya la posibilidad de la crisis en la objetividad del capital en proceso, sino

que se concibe la crisis como posibilidad de ruptura con aquél. Con todo lo cual se introduce en la teoría de la crisis el componente real que corresponde al elemento subjetivo del que es expresión la acción de la clase obrera. La conjugación de los elementos subjetivos y objetivos constitutivos del capital en proceso solo discernibles en la formalidad, en la representación, en la mistificación que comporta la producción general de mercancías, no constituye un sistema estable, sino, al contrario en permanente tensión. Tensión que se concreta en el carácter tendencial de la tasa de beneficio a caer que es por eso mismo posibilidad de ruptura de la subjetividad real (proletariado) con la objetividad mistificada (capital) en la línea misma de fractura que son las relaciones (sociales) de producción. Pero no posibilidad de ruptura en la forma continua/contigua (como pretenden hacernos comulgar con el evolucionismo socializante de las «rupturas puntuales»); sino posibilidad de superación/supresión del capital por la subjetividad en el sentido dialéctico de la *Aufhebung*.

De cualquier modo, la teoría marxiana de la crisis no atiende tanto a la previsibilidad de la misma, a su materialización concreta, que es la única realidad que copa el interés de Hodgson, como a resaltar su posibilidad, su realidad tendencial, cuya verificación como crisis general (social) viene a ser el afloramiento de su latencia real. La teoría marxiana de la crisis deviene entonces teoría general de los límites históricos del capital en proceso. «Cada vez menos obreros han de producir una plusvalía cada vez mayor para materializar los beneficios determinados por el capital ya presente, los cuales posibilitan la expansión ulterior. Ha de llegarse inevitablemente a un punto en el que incluso la mayor masa de plusvalía que pueda sacarse sea posible sacar de un número de trabajadores reducido ya no baste para seguir valorizando el capital. acumulado». (P. Mattick: *Crisis y teoría de la crisis*).

La noción de crisis circunscrita a la esfera de la circulación es partícipe de una concepción positivista de la realidad; la «crisis concreta» que es el centro de atención de Hodgson, como única real, se manifiesta en la esfera de la realización pero no acota toda la realidad de la crisis. «A pesar de que la crisis real sólo

aparece en el proceso de circulación, no puede entenderse como un problema de circulación o realización, sino únicamente a partir del proceso global de la reproducción, que comprende la producción y la circulación. Y como el proceso de la reproducción depende de la acumulación de capital y con ello de la masa de plusvalía que ésta posibilita, lo que acontece en la esfera de la producción es el elemento no único, pero sí determinante que condiciona el que la posibilidad de la crisis se convierta en la realidad de una crisis. La crisis propia del capital no resulta del proceso de circulación que ya en sí ofrece posibilidades de crisis, sino del proceso de la producción capitalista en tanto que proceso de reproducción, en el que la circulación es parte y elemento de mediación del proceso global de la reproducción. La crisis que caracteriza al capital, por tanto, no puede derivarse ni de la producción ni de la circulación, sino de las dificultades que resultan de la tendencia, inherente a la acumulación y determinada por la ley del valor, al descenso de la tasa de beneficio». (P. Mattick, *Crisis y teoría...*)

La teoría marxiana de la crisis descansa sobre el sujeto real –la subjetividad proletaria–, subyacente en el seno de la objetividad mistificada del capital. Ahora bien, reconocerlo así no significa tomar posición por una forma más de subjetivismo proletario contrapuesto al subjetivismo apropiador de la clase dominante. La crítica materialista de la crisis ofrece la posibilidad de traspasar la aparente consistencia de la objetividad reificada del capital para reconducirla a su dimensión real de relación social.

Por ello, la crisis, aunque representada en el mercado, como crisis del capital, desde un punto de vista estrictamente económico, positivista, sobrepasa lo meramente económico para devenir crisis social, crisis de la sociedad dominada por el capital ya que «para Marx no hay ningún problema puramente económico. Mucho antes que el capitalismo haya alcanzado en su desarrollo el punto final económico que fijan las reflexiones teórica, las masas habrán acabado ya con el sistema».

C.G.V.

